



SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY
CADAVERES
AMBULANTES

se

Magnífica novela ambientada en el duro y corrupto mundo del boxeo que destaca por su intensa violencia y por el retrato de personajes que son llevados hasta situaciones límite.

Buck Alton es un reconocido boxeador californiano de origen humilde. Siendo mecánico estudió hasta llegar a ser periodista y a publicar un par de novelas policíacas al tiempo que desarrollaba su carrera deportiva. Sin ser un púgil aguerrido sino más bien conservador ha llegado alto en su carrera; antes de un combate decisivo contra Slim York recibe una recomendación de la bella y turbadora Giny Diamonds: dejarse vencer. Al mismo tiempo, empieza a publicar una serie de artículos denunciando la posible corrupción del boxeo.



Peter Debry

Cadáveres ambulantes.

Bolsilibros: Servicio Secreto - 66

ePub r1.0

jala y xico_weno 03.07.17

Título original: *Cadáveres ambulantes*

Peter Debry, 1951

Ilustraciones: Macabich

Editores digitales: jala y xico_weno

ePub base r1.2





PETER DEBRY

Cadáveres ambulantes

1ª. EDICCIÓN
OCTUBRE - 1951

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CADAVERES AMBULANTES

por

PETER DEBRY



CAPÍTULO PRIMERO

Buck Alton flotaba por el *ring*. Era lo que en jerga pugilística se llamaba un «K. O.» técnico. Una paliza de consideración, pero como encajaba bien y su adversario no lograba el golpe fulminante y definitivo, seguía en pie, agarrándose, tratando de bloquear con los guantes, intentando colocar su cabeza sobre el hombro sudoroso y macizo de Slim York.

Buck Alton conocía por vez primera el «K. O.» técnico. No pudo impedir que su cerebro analítico, considerara gracioso aquel estado. Se daba cuenta de que había un potente foco sobre su cabeza, que había gente gritando en rededor del cuadrilátero, humo, toses; que delante de él, persiguiéndole constantemente, estaba un energúmeno que se fatigaba vapuleándole, y que él, Buck Alton, era un ser humano porque andaba sobre dos pies.

Sonreía estúpidamente, y en lugar de cráneo le parecía tener un cojín relleno de algodón. Tenía el paladar seco, le silbaban los oídos, y no existía la sensación de gravedad. Todo era borroso, y su cuerpo, en vez de huesos y músculos, contenía nubes y vapor.

Eso era el «K. O.» técnico.

Su nariz le debía ocupar toda la cara, porque cada golpe de Slim York le repercutía dolorosamente en las fosas nasales. Agitó los codos violentamente, y respiró, o al menos intentó vencer la estrechez asfixiante que sentía en los pulmones, llenándolos de aire.

Pensó que debía estar sin sentido, porque no notaba ya el martilleo de los puñetazos de Slim York. Oía contar, y borrosamente, ante sus ojos medio cerrados, el brazo del árbitro se alzaba para bajar con rapidez, marcando los segundos.

—... Siete... Ocho... Nueve...

Un griterío salvaje relleno el local de deportes de Oakland, la

ciudad populosa apiñada en la margen oriental de la Bahía de San Francisco.

Buck Alton percibió que alguien le estaba levantando el brazo derecho, y sintió un vivo deseo de abrazarse al que suponía su segundo que debía llevarle al rincón donde encontraría el taburete sobre el que sentarse, la esponja fresca, rezumante de agua...

Pero el que le sostenía el brazo en alto... ¡era el árbitro!

Yoyó los altavoces pregonar:

—¡Vencedor por «K. O.»! ¡Buck Alton!

Aplausos, silbidos, gritos, y Richard, el buen Dick, todo de blanco, estaba a su lado, colocándole alrededor de la cabeza la suave toalla mojada, y echándole sobre los hombros el albornoz.

—¡Bravo, Buck! Eres un león —decía Dick.

Acabó Alton de despertarse, porque bajo las narices, Dick le ofrecía el frasquito de sales. Res piró, miró en rededor, y vio en la esquina opuesta a su contrincante Slim York, extendidas las piernas, caída la cabeza a un lado y a sus costados, dos individuos agitando toallas en el aire.

Juntó Alton las dos manos sin guantes, por encima de su cabeza, y maquinalmente realizó el consabido gesto el vencedor. Un bailoteo sobre la punta de los pies, en breves círculos...

La diestra de Dick le empujaba del hombro, camino de los vestuarios. Olor a linimento, a sudores, a cuadra humana. Se echó sobre la mesa de masaje, mientras Dick le quitaba las zapatillas de fieltro, los calcetines, el pantalón, el suspensorio la coquilla, y él mismo se iba desenrollando las vendas.

—Estuviste colossal, Buck. Te creyó «groggy», y descubrió su punto flaco: ¡el hígado! ¡Zas, zas! Le arreaste dos izquierdazos de pura dinamita, y Slim cayó como un trapo.

Buck Alton, desnudo, ochenta kilos de músculo y metro ochenta de talla, se colocó bajo el recio chorro que le azotó la cara, la nuca y los hombros.

Permaneció minutos bajo la ducha, y por fin, cerró el grifo. Se frotó vigorosamente con las toallas que le iba tendiendo constantemente su segundo y *manager* Dick Forest.

Seco ya, volvióse a tender en la tablilla, y Dick Forest empezó a darle masaje, hablando a sacudidas:

—No te rajó la piel, Buck, pero en el sexto me asustaste. Dabas

la impresión de estar acobardado, completamente atontado. Creí que Slim te había cazado. No adiviné que era una trampa, y al principiar el tercer minuto, le diste de lleno en el hígado. ¡Campeón de Oakland, Buck! Parece que no estás contento, muchacho.

—Yo estaba «groggy», Dick, completamente «groggy». Y si cacé a Slim, fue por pura chamba.

—¡Campeón de Oakland, Buck!

Los ágiles dedos de Forest iban aliviando el cansancio muscular de piernas y torso.

—La cara, Dick.

Dick Forest fue pasando las yemas embadurnadas de una pomada especial por las cejas, la nariz y las orejas de Buck Alton.

Masajeó hondamente, presionando, y pese a sentir dolor, Buck Alton permaneció inmóvil. Aquel masaje le deshincharía la nariz y las cejas, y después la carne cruda y sangrienta absorbería, la sangre bajo la piel, ayudando a devolver el estado normal a su rostro.

A la una y media de la madrugada, sólo un azulado en los párpados y una rojez a cada lado de la nariz, denotaban en el semblante de Buck Alton que una hora antes había estado boxeando.

Empezó a vestirse, y comento:

—Como siempre, Dick. Nadie ha venido a felicitarme. Yo le soy antipático a la gente del «box». Y es absurdo. ¿Es que no soy uno de ellos? ¿Es que no empecé como empiezan los hombres? ¿Es que no me pase horas y horas engrasando tornillos, cambiando ruedas y limpiando coches? No tienen razón al tenerme rencor.

—Escucha, Buck... Ya sabes lo que pasa. Fuiste a la escuela nocturna, y resultaste apto para periodista. Y los del «box» piensan que puesto que tienes un oficio de «otra clase», no deberías robarles combates.

—¡No robo! Si me dan combates, es porque valgo.

—Sí, pero por cada combate que tú firmas, uno se queda sin combatir.

Se ajustó Alton la corbata de seda gris. Y en el espejo comprobó que Su cruzado azul le sentaba bien. Sonrió, con sarcasmo en los pardos ojos:

—Dime, Dick... ¿Tienen razón al decir que yo soy un cobarde?

—Tú eres científico, empleas la «contra», sabes cubrirle la cara,

eres elegante boxeando...

—Y la gente prefiero más coraje. ¿Soy cobarde, Dick?

Dick Forest, un cuarentón ex boxeador, llevaba siempre gafas negras. Así sus vivaces ojos no traslucían lo que sentía. Dijo evasivamente:

—El boxeador de «contra», que espera los ataques del otro, es considerado con algún desprecio por la gente de poco seso.

Buck Alton cubrió sus cabellos castaños con el fino fieltro gris. Se palpó la nuca, que le dolía levemente.

—Slim tiene derecho a la revancha, Buck. Así firmastes.

—Dásela.

—¿Para cuándo, Buck?

—Me da igual. Si quiere, el próximo sábado.

—¿Te acompaño, Buck?

—No. Quiero andar solo. No tengo sueño. Ya sabes que mi mejor final de puesta a punto, es dormir todo el día antes del combate. ¿Qué te parece si voy a saludar a Slim?

—Mira... Lo pueden interpretar mal, algo así como humillación...

—¡Eso es lo que me revienta! Me consideráis un intelectual, y me miráis de reojo... Sí, tú mismo, Dick, me aprecias, pero me crees de otra pasta. ¿Por qué? Porque soy periodista, y he escrito un par de novelas policíacas. Y yo, sin ser orgulloso, tampoco os voy a lamer los fondillos. Quiero haceros ver que soy igual a uno cualquiera de vosotros. Y resulta que los orgullosos sois vosotros... En fin, me voy, Dick. Buenas noches.

En la calle, Buck Alton se dirigió en línea, recta hacia el coche de cuatro plazas, dos visibles, color guinda, en cuyo volante estaba Giny Diamonds.

Giny Diamonds, la cantante del «Dorado». Una breve cabellera rubia a lo paje, un rostro breve donde chispeaban los grandes ojos maliciosos, negros. Un rostro donde apenas cabía la expresión cruel de una boca inmensa y carnosa...

—No sabía que estabas esperando a alguien, Giny.

—A ti. Sube.

—¿Es una orden o un ruego, Giny?

Los dos asientos posteriores quedaban ocultos por el recuadro metálico. Giny Diamonds, chispeantes los ojos, repitió:

—Sube.

Buck Alton abrió la portezuela, y se sentó. Ella puso en marcha el «Pontiac», que embalado, se lanzó por el asfalto, donde a aquellas horas el tráfico era casi nulo.

—Tienes mala memoria, Buck.

—Según.

—Hace quince días viniste al «Dorado». Hacías un reportaje sobre la vida nocturna entra bastidores. Eso es lo que me dijiste.

—Eso es lo que era.

—Nos conocimos. Me gustaste, te gusté.

—Servirías para reportero, Giny. Breve, expresiva. Yo en cambio, para definir toda la pasión que me inspiras, no hallo palabras. Te quiero, y sé que no me quieres...

—Hace dos días, te dije que si perdías tu combate con Slim York, yo te lo agradecería.

—Te repliqué que era muy posible que Slim me ganase.

—Y yo quedé convencida que lo que me dabas a entender era que perderías. Y has ganado, Buck.

—En un tris estuvo que no perdiese. Bien, no había apuestas, y por lo tanto, nada perdiste.

Giró la cabeza, repentinamente, Buck Alton. Le parecía oír una respiración. Y apareció la cabeza y el busto de un individuo, que abandonando su postura agazapada, se sentó.

—¿Quién es ése? —murmuró, asombrado, Buck Alton.

—Te lo presentaré. Se llama Dany Kiler.

—¿Por qué se escondía?

—No quise que lo vieras al entrar en el coche.

Si lo ves, te echas atrás, y no entras. Dany tiene un rostro poco agraciado, y suele inspirar miedo; ¿verdad, Buck?

La inhumana expresión de unos ojos grises, plateados, destacaba en el ancho rostro huesudo de Dany Kiler, cuyos labios eran delgados.

Buck Alton tenía la facultad de adivinar con bastante aproximación el peso, talla y calidad muscular ajena. Calibró a Dany Kiler como un peso pesado, bestial.

—¿Qué hace aquí este horrible, Giny?

—Quiere hablar contigo, en mi piso.

Dany Kiler no llevaba sombrero. Su pelo estaba cortado al rape,

y parecía un crepé de dos centímetros forrando el cráneo abultado. Miraba a Alton con fijeza, y una de sus manos se posaba sobre su estómago, encima de una especie de tubo negro.

Había algo inquietante en su postura, en su silencio, y en la mirada de Dany Kiler. De soslayo, vio Alton la tenue sonrisa que fruncía la carnosa boca de Giny Diamonds.

El coche frenó, describió medio viraje lento, y penetró por la pronunciada pendiente que conducía hacia el mar. Era la calle donde vivía ella. Volvió a detenerse el Pontiac ante la casa de madera de dos pisos, propiedad de Giny.

Hasta entonces, Buck Alton no había encontrado palabras con las que expresar su asombro... y su miedo.

—Baja —dijo, tras él, Dany Kiler.

Era una voz gutural, áspera, que influyó en los nervios de Alton como un pinchazo agudo. Descendió, y supo, sin atreverse a mirar, que a sus espaldas Dany Kiler le estaba observando.

Giny Diamonds abrió la puerta, y desde el umbral se volvió en muda invitación. Buck Alton subió los cuatro peldaños de madera, oyéndolos crujir a su pisada y a la del que le seguía.

En el vestíbulo, Giny Diamonds pulsó el conmutador, y la luz mostró un mobiliario colonial. Señaló el principio de la escalera que conducía al piso alto:

—Arriba estaremos más confortables, Buck.

No había mandato en su voz, sino desprecio y seguridad de que sería obedecida. Como un autómatas, Buck Alton empezó a subir las escaleras, seguido a dos pasos por Dany Kiler.

En el rellano, se anticipó Giny Diamonds para abrir una puerta a la derecha.

Buck Alton tenía la consciente sensación de que sobre él pesaba una amenaza, pero ignoraba su alcance. Lo que era una certidumbre para él, era que no se sentía capaz de enfrentarse con Dany Kiler, cuyo avieso silencio le imponía un indefinible temor irrazonable.

En la puerta abierta, con cierta impaciencia. Giny Diamonds, dijo:

—Estamos esperando. Buck. No te quedes ahí como clavado en el suelo. Estamos esperando.

«¿Estamos?», fue un plural que se reiteró en la mente de Buck Alton. Giró con lentitud la cabeza, y vio tras él a Dany Kiler, en

cuya zurda había una negra automática, achatada, reluciente.

Seguía empuñando aquel extraño tubo atravesado ante su estómago, visible por la entreabierta cazadora.

Y vio también que aquel tubo se prolongaba formando un cinto negro y correoso, ancho, que rodeaba la cintura de Kiler.

Un látigo.

Se estremeció, y echó a andar atravesando si umbral. Giny Diamonds estaba a un lado de la puerta, y obstruyendo la puerta, a sus espaldas, se inmovilizaba Dany Kiler, con su pistola encañonándole... y aquel extraño y siniestro cinturón.

Las ágiles y aceradas piernas de Buck Alton temblaron. Le pareció tener una alucinación, o estar sufriendo una pesadilla.

En aquella amplia habitación desprovista por completo de muebles, no había más que una doble cuerda colgando de una polea, en el techo.

Y al fondo, contra la pared, se alineaban cinco hombres. Cinco hombres de la misma talla, corpulencia y rostro.

Cinco hombres vestidos idénticamente con chaquetón marino azul, pantalón azul, botas, y gorra de visera. Blancos cabellos, rojas mejillas, ojillos azules, larga nariz, patillas nevadas...

Cinco rostros absolutamente exactos, serios, sin movimiento, pero no eran estatuas. Uno de los hombres sacó las enguantadas manos de los bolsillos de su chaquetón, y, frotándoselas, dijo:

—Ha terminado tu carrera, Buck Alton. Tu doble carrera va a terminar para siempre.

CAPÍTULO II

Buck Alton, aunque dominado por el pánico, comprendió que aquella voz ahogada que transmitía vibración a la parte inferior del rostro de uno de aquellos cinco marineros, procedía de un rostro muy distinto.

Los cinco llevaban máscaras de goma cubriéndoles por entero toda la cabeza. Ni eran viejos ni los cabellos visibles eran otra cosa que algodón pegado a las máscaras de goma.

Buck Alton se encontraba completamente incapacitado para hablar. Sentía en su garganta espasmos musculares, pero no podía emitir un solo sonido.

Por una pequeña ventana redonda entraba un soplo de brisa, que hacía oscilar las dos extrañas cuerdas rematadas, a dos metros del suelo, por unos anillos de cuero con agujeros para graduar su mayor o menor amplitud.

—Dale una silla, Kiler —dijo otro de los enmascarados.

Más que verla, sintió Alton el empuje de la silla al tocar contra sus corvas el reborde. Quedó sentado...

Giny Diamonds no estaba ya en aquella sala.

Se apagaron las luces, y sólo quedó un foco lateral iluminando a Buck Alton, que parpadeó molesto.

Oía la respiración de Dany Kiler al dorso de la silla. Vio a uno de los cinco marineros acercarse, y permanecer a unos dos pasos.

Tenía en la diestra enguantada un periódico enrollado. Buck Alton vio como lo desplegaba, doblaba por el centro, y oyó la ahogada voz leer un artículo de la Sección Deportiva que había escrito él mismo unos veinte días antes:

—«Es preciso hacer algo», así titulas este reportaje, Alton. Vienes a decir que siempre tuviste curiosidad por satisfacer la curiosidad

del público, descubriéndole los bastidores de cuanto supone una diversión o un espectáculo. Y afirmas que es lamentable que se engañe al público, ofreciéndolo a veces, por ejemplo, «tongos», o sea combates amañados, en que de antemano los que manejan los resortes de los productivos espectáculos, han determinado quién saldrá vencedor. Añades que en lo sucesivo, dedicarás tu esfuerzo a desenmascarar a los que pretendan en California convertir el boxeo en una trampa, sirviendo a egoísmos particulares, en vez de atender a la pureza del deporte, y que tratarás de evitar que se abuse de la candidez del respetable, que por ser quien paga, debe ser defendido. Como ves, conozco tu artículo al dedillo. Llevo la voz cantante, porque mis compañeros han delegado en mí el aleccionarte sobre tu futuro.

Buck Alton trataba de coordinar sus alocados pensamientos, pero el miedo físico le impedía todo raciocinio.

Se pasaba las manos por el sudoroso rostro, se las frotaba, movíase inquieto en la silla, e intentaba dominar el temblor de sus mandíbulas.

—Giny le hizo una insinuación. Te advirtió que no debías ganar a Slim York, y lo has noqueado.

—Yo... escuchen... entiéndanme... Creí que Giny hablaba... por hablar... sin darme... No había... apuestas...

—Un asqueroso cobarde como tú, no va a estropear nuestro bien meditado negocio. ¡A por él!

Instintivamente. Buck Alton se levantó, en guardia, por reflejo natural. Pero el miedo le tenía asido con garra sólida. Quería gritar, y no podía. Fue primero un puñetazo en el costado, el que le hizo ladearse, para cubrirse el rostro. Un segundo puñetazo en el otro costado, fue seguido por un golpe en el estómago.

Fue rebotando de un lado a otro, convertido en pelota humana, en «*punching-ball*», entre los puños de los cinco enmascarados.

La paliza bestialmente implacable, le hacía ir de un lado a otro, enloquecida. Por fin cayó de bruces, gimiendo, suplicante, alzando las dos manos...

Oyó el resoplido de una respiración inclinada sobre él.

—No... me peguéis más... ¡No me peguéis! —gimió, en abyecta súplica.

Se vio levantado en vilo. Alguien le había cogido por el cuello

de la americana. Sollozó angustiado, hecho un pelele, hundido en el más hondo de los abismos de miedo físico.

Por espacio de dos minutos no supo lo que estaban haciendo con él. Cuando pareció que estaba solo, se vio en pie, rodeados sus muñecas por los cercos de cuero colgantes del techo, en alto los brazos.

Las puntas de sus pies tocaban apenas el suelo.

Le habían quitado la americana, la camisa y la corbata. Tenía el torso desnudo, y sentía escalofríos.

De nuevo las luces estaban encendidas, y al fondo se alineaban los cinco «ancianos».

El cuerpo le dolía, magullado. Por la nariz y la boca, la sangre, destilando, le invadía los pulmones de sabor a hierro y a sal.

Uno de aquellos cinco habló: la máscara daba a todos la misma voz.

—Esta vez no podrás alegar duda ninguna. Tú eres un científico, un pegador a la «contra» y nada tienes de fajador. No eres taquillero. Slim York atrae mucha gente a la taquilla. Él ha de ser el campeón de Oakland, a fin de representar a California en los campeonatos para el título de los Estados. —Slim York será el campeón de Oakland. Tenéis firmada la revancha, y se la darás el próximo sábado. Te ha de zurrar a conciencia, o volverás aquí. ¿Está claro, Alton?

Buck Alton agitó la cabeza, en asentimiento repetido.

—Bueno... Vamos ahora a pasar a lo más grave. Tu artículo hubiese podido alertar a un organismo llamado F. B. I.

Vas a rectificar diciendo que en California, el boxeo es puro, y que el respetable es respetado. Haz que lo entienda bien, Kiler.

Dany Kiler apareció ante Buck Alton. Se había despojado de su cazadora. Llevaba sólo pantalones y camiseta. Unos músculos prominentes, voluminosos, de luchador o cargador.

Aulló Alton, mordiéndose los labios.

En la diestra, Dany Kiler empuñaba el mango negro, y haciendo un gesto brusco como si desenvainara algo, sacó el silbante látigo, que dejó su cintura sin la negra franja de la correa.

—¡No!... ¡No!... —bramó Alton—. ¡Haré todo lo que queráis, todo, pero por favor, no...!

El látigo restalló, y la correa cortó el resuello a Buck Alton al cruzarle el pecho a la altura de las costillas.

—Uno solo cada vez, Kiler —dijo uno de los enmascarados.

En el silencio que siguió, los llorosos ojos de Buck Alton fueron mirando suplicantes a los cinco enmascarados, y a Dany Kiler ante él.

—Tu rectificación completa puede extrañar al jefe redactor. Es posible que te interroguen, Alton. Has de comprender que la menor alusión a Giny Diamonds, a Slim York, a Dany Kiler o a esta sesión privada, te supondrá un cierto número de sesiones privadas, y a latigazos y palizas, irás dejando el alma a pedacitos antes de morir. ¡Otro, Kiler!

Un segundo correazo restalló alrededor del busto de Buck Alton, enrojeciendo su piel, que empezó a hincharse.

—Sal y vinagre, Kiler. No conviene estropearla demasiado el cutis a nuestro perfumado campeón.

Dany Kiler frotó con una esponja empapada en vinagre y sal, las rojeces e hinchazón de los dos latigazos que acababa de aplicar.

—No lloriquees más, Alton. Das asco. Y Giny, que estará contemplándote por la mirilla, sacará muy mal concepto del flamante campeón de Oakland. Después del combate del próximo sábado con York, te retirarás y vas a abandonar el periodismo. Vuelve a tu antiguo oficio de mecánico. Es una sentencia inapelable... ¡Otro, Kiler!

El tercer latigazo se enroscó un poco más arriba del pecho. Buck Alton se encogió gimiendo, cerrados los ojos.

—Si vuelves a acercarte a un «ring», si vuelves a aproximarte a una redacción, después de tu combate con Slim York, vendrás aquí o a otro sitio, y por espacio de horas y horas, revivirás estos instantes, pero así como hoy volverás a la calle, entonces irías a tenderte en el mar, con los huesos rotos y convertido en una piltrafa muerta. ¡Otro, Kiler!

Sintió Alton un agudo pinchazo en la parte alta del estómago. Dobló la cabeza sobre el pecho, y se desmayó.

Chorros de agua sobre la nuca, y un frasco de sales bajo las narices, le hicieron recuperar, lentamente, el sentido.

—Vamos a ver si has asimilado las advertencias, Alton. Tú, Kiler, retírate y colócate detrás de nuestro campeón. ¿Qué liarás al salir

de aquí, Alton?

Buck Alton, mordiéndose los labios, sólo emitía sollozos. Otro de los enmascaradas, habló:

—Al salir de aquí, iré a acostarme en mi ático de la libera.

—¡Dilo, campeón! —exigió otro.

—Al... salir de aquí... iré a acostarme —gimoteó Alton.

—Dentro de tres días no habrá marca en tu torso, Alton. Irás a entrenarte como si nada hubiera sucedido. No volverás a ver a Giny. Nunca más. Repite.

Buck Alton, entrecortadamente, lo repitió.

—Dentro de tres días publicarás una rectificación, diciendo que tras profundas averiguaciones, has llegado a la conclusión de que el boxeo en California no está intervenido. Que gana el mejor. Y que en tu próximo combate del sábado, darás el máximo rendimiento para consolidar tu título, que le permitirá ir al logro del codiciado trofeo de campeón de California, donde procurarás vencer a los campeones de Berkeley, Sacramento y Los Ángeles, para así convertirte en el y representante de San Francisco. Eso lo vas a repetir por dos veces. ¡Otro, Killer!

En las espaldas de Alton chasqueó el látigo. Encorvándose hacia delante, Buck Alton, por dos veces, repitió lo anterior.

—Y cuando pierdas por «K. O.» clarísimo, sin rajarte, anunciarás que te retiras del boxeo. La gente comprenderá que la paliza ha influido en tu cobarde carácter. Te irás de Oakland... y de California, Alton. A cualquier otro Estado, y si desde lejos te sientes valiente, volverás a trabar contacto con nuestros puños y el látigo de Kiler, pero esta vez definitivamente. No aspiremos a morir de un compasivo balazo. No, Buck, morirías poco a poco, a gotitas, miligramo por miligramo de sangre, tira a tira de piel. ¡Suéltalo, Kiler!

Al abrirse las muñequeras, Buck Alton cayó de rodillas. Buscó el frescor del desnudo suelo apoyando el rostro en las baldosas.

—Vístete y largó de aquí —oyó decir a una de las voces ahogadas.

Tardó unos minutos en incorporarse. No había ya ninguno de los enmascarados. La luz era total, y pudo ver a Giny en un rincón, vuelta de espaldas a él.

A su lado, Dany Kiler llevaba de nuevo el látigo por cinto.

Empuñaba indolentemente en la zurda la pistola, con la que señaló sobre la silla el sombrero, la camisa, la corbata y la americana.

Fue vistiéndose, apresuradamente, Buck Alton. Instintivamente, tocó el bolsillo superior, donde estaba el sobre conteniendo los tres mil dólares que le habían correspondido de la bolsa del combate con York.

Por el espejito del bolso, con el que se estaba maquillando la boca, Giny Diamonds advirtió el ademán, y dijo:

—Tu dinero para los gastos extraordinarios que ha ocasionado tu visita, Buck. Anda, largo de aquí, fuera, que apestas a mujerzuela. Empújale un poquito, Dany.

Buck Alton salió a pasos tambaleantes, con rancos estertores en la garganta. A su espalda, Dany Kiler iba hincándole en los riñones la boca del cañón de la pistola.

En la calle, siguió andando deprisa, aumentó el tren de marcha, hasta correr desaforado, pendiente arriba.

Sólo cuando estaba ya en plena avenida de la ribera, se detuvo para mirar atrás. Estaba solo... En la noche y próximas las tres de la madrugada, el silencio era absoluto.

Buck Alton se reclinó contra el parapeto, mirando el agua negra allá abajo. Imprecó:

—Cobarde, cobarde... —Con ronca rabia impotente.

Poco después, entraba en una cantina. Dany Kiler le había limpiado el rostro expertamente. Se sentó en uno de los altos taburetes.

—Un *whisky* —pidió.

Nunca bebía. A las cuatro, estaba completamente ebrio. Y salió dando tumbos, agarrándose a las paredes. Se estremeció pese a su borrachera al divisar a su lado una corpulenta silueta, donde brillaba algo en el centro, sobre el estómago...

—¡No me pegue, no me pegue! —gimió.

—Vaya, vaya, ciudadano, que es usted muy grandote y fuerte para temer golpes de nadie, y menos míos... Le voy a ayudar a encontrar su casa, antes que meta escándalo, y me vea obligado a llevarle a la comisaría. Apóyese en mi brazo. Así... ¿Por qué llora, ciudadano? ¡Vaya merluza que ha pescado! ¿Dónde vive?

—En... el infierno... —Hipó, lamentablemente, Buck Alton.

El policía lo apoyó contra la pared, y valiéndose de su linterna,

le buscó la cartera, que extrajo, para devolvérsela al cabo de un instante.

—Buck Alton, periodista... Tiene usted un modo raro de celebrar su campeonato, señor Alton. —Y más benévolo, añadió—: Eso es lo que pasa por beber, cuando no se tiene costumbre. Le llevaré a su domicilio.

Buck Alton no recordó nada más. Tuvo la vaga noción de que Ling, el chino que cuidaba de su pequeño ático, le desnudaba, y que caía de bruces en la cama.

Un sueño pesado, lleno de sobresaltos, gemidos y esquivas... Unas pesadillas constantes... La boca fascinante de Giny... El látigo negro. Los cinco marineros ancianos de largas patillas...

Pestañeó, con la boca acartonada. Estaba sentado en la cama. Las abiertas cortinas dejaban entrar la luz y el sol. Un aire fresco, vivificante.

Ling, delgado, impenetrable, presentaba un vaso. Jugo de naranjas, que bebió ávidamente. Otro vaso que subía espumoso. Sal de frutas. Bebió, y después murmuró:

—Anoche me emborraché, Ling.

—Sí, señor.

—¿Qué hora es?

—Las cinco cuarenta y dos de la tarde, señor.

—No estoy para nadie, Ling; para nadie. Ni siquiera para Forest. Si telefonan, di que me he ido a descansar dos días al campo. Cierra la ventana, corre las cortinas, y despiértame a las nueve. Cenaré aquí.

El criado chino obedeció. En la obscuridad Buck Alton se cogió la cabeza entre las dos manos...

Huiría. Lejos, muy lejos de aquella pesadilla de la madrugada, reciente. Una vergüenza inmensa le impedía para siempre jamás volver a sentirse un ser humano.

Había llorado, se había arrastrado... y Giny Diamonds lo había presenciado.

A las nueve y media, después de cenar, abandonó el ático, provisto de un maletín, anunciando a Ling que regresaría dos días después.

Desde un parador en una etapa del autobús que iba al norte, escribió a Richard Forest, su *manager*, enviándole una autorización

a fin de que le preparase para la firma el contrato referente al combate revancha coa Slim York, que se celebraría el próximo sábado.

Añadía que se entrenaría fuera, volviendo el sábado por la mañana. Y dos días después enviaba el artículo a tenor de lo que le habían sugerido sus verdugos.

La sensación de que era un completo fracasado la tuvo plenamente el viernes, al reemprender el viaje de regreso a Oakland.

Había luchado consigo mismo, y sabía ya que era incapaz de volver a verse frente a Dany Kiler y los cinco enmascarados.

Renunciaba a todo. Volvería a ser un simple mecánico, lejos, al norte o al este, pero lejos de California.

Anunció al extrañado Forest que no se encontraba bien, que se sentía enfermo, y que después de su combate con York, fuera cual fuera el resultado, abandonaría el *ring*, para viajar lejos.

—No tienes muchos ahorros, Buck. Pasas un mal momento. Tienes expresión de cansancio, de abatimiento... En el periódico han preguntado constantemente por ti.

—¡Me voy! Estoy harto de todo. Llámalo neurastenia, o como quieras.

—Estás raro, Buck. Te vas a enojar, pero yo diría que estás lleno de pánico, por oigo que no acierto a...

—¡Déjame en paz! Quiero dormir, para hacer esta noche una buena pelea.

Por la noche, en el vestuario, al estrecharse el cinto del batín, Buck Alton dijo:

—Te cedo mi ático, Dick. Te interesaba hallar piso, y ya lo tienes. Ling es un buen criado. Guárdalo.

—Entonces, ¿te vas para largo, muchacho? He desistido ya de comprenderte... Es innegable, Buck. Eres un intelectual, por más que quieras negarlo.

Llamaron en la puerta, gritando:

—¡Al *ring*, campeón!

Slim York, en su rincón, miró con desprecio al que se le acercaba tendiéndole la diestra. Hizo un gesto desdeñoso, rechazando la mano ofrecida en saludo protocolario por Buck Alton.

Enrojecidos los pómulos, Buck Alton fue a su rincón. No miró a

las filas de *ring*. No quería ver la ancha boca sensual de Giny Diamonds. Los trámites preliminares ni siquiera los oyó. Actuaba como si en vez de corazón y músculos, tuviera un mecanismo regido desde lejos por un látigo y cinco máscaras artísticas.

Tenía que perder, pero de modo que ni el mismo Forest se diera cuenta. Sonó el gong, y avanzó guantes tendidos.

Empleó su peculiar estilo de «contra», cabeza muy echada hacia atrás, adelantados los puños, erguido. Era una máquina perfecta, de émbolos obedientes.

Tenía que dar la sensación del campeón defendiendo su título. Cada «¡clink!» del gong, le hacía sobresaltarse como si fuera un correazo. En el quinto asalto, vio la ocasión...

Slim York acababa de conectar un derechazo en su sien. Abrió la guardia, reclinándose contra las cuerdas...

Y las tinieblas fueron invadiendo lentamente su cerebro. Por vez primera, conocía el «K. O.» fulminante.

Le sacaron del *ring*, inconsciente. En el vestuario, al recuperar el sentido, oyó a Forest decir:

—Mala suerte, Buck. Te cazó Slim. Has perdido el título. No estuviste mal, pero te cazó Slim...

Ya vestido, rompió Alton su mutismo:

—Adiós, Forest. No digas nada. Adiós.

Un ojo cerrado, una ceja con esparadrapo, la boca tumefacta, y un abatimiento de hombros, un andar arrastrado, eran las características del viajero que, a las dos de la madrugada del sábado, se sentaba en un compartimiento del *Northern-Express*, con billete para el Estado de Montana.

CAPÍTULO III

El tren atravesó los Estados de California, Nevada, Oregon, Idaho, siempre hacia el norte, hasta llegar al término de su recorrido en Helena, la capital de Montana.

Durante el largo viaje, Buck Alton tuvo plena conciencia de que huía. Lo abandonaba todo sin la menor lucha, con tal de no volverse a ver nunca más convertido en un abyecto cobarde, pues no era otra cosa, el convencimiento que ya absolutamente le dominaba.

Era muy distinto encerrarse entre las cuerdas de un *ring*, y deportivamente, ejercitar el músculo, les reflejos y la agilidad, a verse amenazado y tener que recurrir en caso de defensa a primitivos medios de violencia.

Estaba completamente derrotado. Nunca regresaría a California. En Helena se alojó en un hotel de tercera categoría. Por la prensa local, supo que las minas de cobre eran la riqueza del Estado.

Fábricas de cables en profusión, y en los centenares de millas de galerías que perforaban las montañas, eran de constante empleo las perforadoras eléctricas, vagonetas, tractores, y toda clase de herramientas.

No le fue difícil, después de una prueba, conseguir trabajo como mecánico ajustador en una sucursal de la Amalgamated Anaconda, de fabricación de maquinaria para todos usos.

La sucursal estaba en Bonner, ya cerca de la frontera canadiense. Y principalmente reparaba instrumental agrícola. Trilladoras, tractores, fueron revisadas en sus averíos por el nuevo mecánico, durante dos semanas.

El capataz, al término de las dos semanas, fue llamado por el gerente para saber el rendimiento del nuevo empleado.

—Un buen mecánico, señor. Eficaz, trabajador y silencioso. Pero rehúye la compañía de los demás, y tiene siempre una expresión trágica, como de susto.

—Si está, débil, que lo vea el médico.

—Es fuerte como un toro, señor. Levanta piezas para las que se necesitarían dos hombres.

—¿Algún reproche contra él?

—No se aloja con los demás obreros, señor. Quiso hospedarse en raso de la vieja Mummy.

—Es muy libre de vivir a solas, si cumple. Asciéndalo de sueldo, cuando transcurran dos semanas más, y si sigue cumpliendo.

La anciana Mummy, era una viuda que para ayudarse, aceptaba huéspedes. Acogió con agrado a Buck Alton, si bien para su interior, meditó que aquel guapo muchacho tenía el defecto de ser taciturno. Hablaba apenas lo elemental, para saludar, comentar el tiempo y hacer alguna alusión al trabajo.

La casa de la anciana Mummy servía de fin de etapa a los granjeros que de la montaña descendían a Bonner, tres veces por semana.

Y cuando Harriet Harding detenía su «rubia» transportando los productos lácteos de sus dos granjas, solía charlar un largo rato con la anciana Mummy. Ésta, con malicia y sencillez, empezó a comprobar que Harriet Harding prolongaba su charla, desde que Buck Alton se alojaba en su casa.

Pero el «forastero» seguía siendo seco y silencioso.

—Un hombre silencioso. Harriet. Hay una tragedia en su vida, Harriet. No sonrío ni por una apuesta.

Pero un incidente creó el principio de una amistad entre ambos jóvenes. No fue una avería simulada la que detuvo la «rubia» conducida por Harriet Harding en la carretera de descenso a Bonner.

Buck Alton, que volvía de la factoría para cenar, se aproximó.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó a la muchacha, que llevando pantalones hombrunos, se inclinaba sobre el capot abierto.

Harriet Harding aceptó gustosa, y en poco tiempo reparó Alton la avería. Le ofreció ella un cigarrillo.

Era morena, casi sin maquillar, de colores sanos, con límpidos ojos azules, y lo suficientemente alta para que sus rollizas curvas

fueran esbeltas. Un bello ejemplar de mujer lozana.

Tan distinta a la sofisticada Giny, pensó Alton, como la noche del día. Hablaron de cosas triviales, y ya cuando se encontraban en el jardín de la casa de Mummy, seguían, conversando.

Por la noche de un viernes, el tercero de su estancia en Bonner, la anciana Mummy especificó:

—Una gran chica Harriet, y nada orgullosa. Podría serlo, porque es hija única, muy rica. Conduce el coche por capricho. Podría vivir en cualquier capital, aunque ya hace algunos viajes. Sin embargo, los domingos va al baile de Bonner, igual que una granjera corriente. Y todos los muchachos se disputan el honor de bailar con ella. Usted debería ir al baile, Buck.

—Posiblemente iré.

El sábado llegó el paquete pedido por Alton a San Francisco, La prensa deportiva de California.

Después de cenar, en su habitación, fue leyendo las noticias de las últimas tres semanas.

«Slim York, el campeón de Oakland, vence por abandono al campeón de Berkeley».

Tras la reseña del combate se aludía a su próximo combate con el campeón de Los Ángeles.

Había comentarios sobre la desaparición de Buck Alton, a raíz de su derrota. Se insinuaba qué la falta de coraje y corazón del científico contrista Buck Alton, le habían impedido sobrellevar la derrota. Buck Alton prefería conservar el físico.

Y de pronto, en un periódico, al doblar la hoja de deportes, Buck Alton leyó con avidez:

«CINCO ANCIANOS DE CARNAVAL SE APODERAN DE UN MILLON SEISCIENTOS MIL DOLARES EN VEINTE MINUTOS».

«El crimen perfecto ya no es mito. Los policías de San Francisco buscan en vano, desde hace siete días, a los cinco atracadores que robaron, en el centro de la ciudad,

un millón seiscientos mil dólares en billetes de Banco de muy difícil identificación.

»Un robo audaz cometido a la medianoche en el “Golden Gate”, durante el transcurso del penúltimo combate de boxeo, de los campeonatos para el Cinturón de los Estados».

»La afluencia de público fue enorme y las taquillas registraron un elevado ingreso, desde su apertura, a las cinco de la tarde».

»A la medianoche, cuatro empleados acababan de contabilizar el total de venta de billeteaje, y estaban colocando los últimos paquetes de dinero en los sacos apropiados, cuando Lloyd Thomas, el jefe contable de taquillas del “Golden Gate”, sintió de pronto que algo anormal estaba sucediendo. Levantó la cabeza, y lo que vio le hizo levantar también los brazos».

»En la sala dotada de una puerta de seguridad, acababa de aparecer una escena de pesadilla. Cinco hombres de la misma talla, de la misma corpulencia, vestidos uniformemente con chaquetón marinero azul, pantalón igual y gorra con visera, entraban pistola en mano. Llevaban guantes de goma».

»Los cinco llevaban máscaras de carnaval, en materia plástica, cubriéndoles totalmente la cabeza. Eran máscaras de anciano, con patillas blancas, idénticas las cinco».

»Treinta segundos más tarde, los cuatro cajeros estaban atados y amordazados. Tres minutos después, los cinco “ancianos” habían desaparecido con el total de la venta».

»A los diez minutos, la policía, alertada, estableció barreras en todas las carreteras. Todos los coches fueron registrados, y todos los habitantes del barrio del “Golden Gate”, interrogados».

»Nadie había visto nada. Los comerciantes de máscaras y material plástico han sido interrogados en todo

el Estado. Fue inútil. Más de mil doscientos fichados fueron interrogados sin resultado. Los malhechores de San Francisco propusieron transmitir los informes que obtuvieran, porque la renovada energía de la policía resulta peligrosa para ellos».

»Sigue sin averiguarse el misterio, porque es imposible seguir la pista de unos billetes procedentes de las carteras y bolsillos de las decenas de miles de espectadores que asistían aquella noche al “Golden Gate”».

»El

F. B. I.

interviene».

Buck Alton miró la fecha. Leyó los periódicos siguientes que, por espacio de seis días, hasta el jueves anterior, iban aminorando el espacio dedicado al robo consumado por los «cinco ancianos de carnaval».

No había ninguna pista. Y Buck Alton, al quemar periódicos y revistas, sabía, que si dependía de él, hallar a los cinco «ancianos», éstos quedarían para siempre impunes.

El domingo por la tarde, en la sala de baile principal de Bonner, buscó a Harriet Harding. La encontró rodeada de varios desconocidos, afectadamente elegantes los unos, seguros de sí otros.

Harriet Harding se abrió paso, y vino a su encuentro:

—¿Bailamos, Buck?

Un fox, dos vales, una rumba, y el calor reinante en la sala, hizo que ella propusiera salir a la terraza, donde en el bar hallarían el ansiado batido helado.

En el bar, no había más que dos individuos. Uno de ellos, se aproximó. Era alto, ancho y bien parecido. Un granjero rico.

—Harriet, si no hay monopolio, me gustaría bailar el próximo contigo.

Miró el desconocido con dureza a Buck Alton para añadir:

—Un forastero acaparando no es del agrado de los de aquí, amigo.

Harriet enrojeció furiosa, esperando la respuesta de Alton, que se limitó a seguir sorbiendo su batido.

—¡Jim! No molestes —dijo, por fin, ella.

—A ti no, encanto. Lo que digo, es que un forastero no tiene derecho a acapararte. Escuche usted... Bueno será que conozca las costumbres. Lo mínimo es responder cuando le dirigen la palabra; ¿se entera?

Harriet Harding siguió esperando una contundente respuesta que no vino. El llamado Jim no necesitaba que le animaran a envalentonarse.

—No sé de dónde viene usted, forastero. Pero aquí, cualquier hombre, por mucho menos se faja. Vamos, Harriet; no te hace honor la compañía de un mudo apocado. La prudencia debe ser su principal cualidad.

—Vete, Jim, por favor.

—Si me prometes no tardar más de dos minutos.

—De acuerdo.

Se marchó el granjero. Harriet Harding sentía sus mejillas encendidas quemarle la piel. Murmuró:

—No debió permitirlo, Buck. Ahora, Jim irá diciendo que usted es un cobarde.

Buck Alton se estremeció, sin mirarla. Replicó lentamente:

—Soy un cobarde, Harriet. No lo puedo remediar. Tengo miedo de toda violencia...

—Pero ¡usted es fuerte, Buck! No es que me guste presenciar peleas, pero ese bravucón de Jim se tenía ganado un buen puñetazo. Le estaba provocando, y usted... se acobardó.

En el ventanal, Jim llamó:

—¡Harriet! ¿Vienes o voy allá?

—Buck... Haga algo.

—Irme. Buenas tardes, Harriet.

A las siete, en su habitación, Buck Alton sintió algo humillante ascender por su pecho, y que se truncó en sollozo en su garganta.

Y así fue cómo le sorprendió Harriet Harding, que murmuró:

—No puede ser, Buck; no puede ser. Usted no es un afeminado cobarde. Usted no puede ser un vergonzoso cobarde. He venido porque le tengo aprecio, Buck. No es curiosidad... y si lo cree así, dígame que me vaya.

Buck Alton sin mirarla, habló roncamente:

—No se vaya, Harriet. Me hará bien, que al menos usted, sepa...

que soy un enfermo. Moralmente enfermo. Creí estar enamorado de una muchacha, en cierta ciudad. Yo era entonces... campeón de los semipesados, pero ya decían los críticos que mi estilo era prudente, sin coraje. La muchacha me insinuó que debía perder. Gané. Me condujo a cierto lugar, en compañía de un pistolero que llevaba un látigo por cinto... Había otros hombres. Me azotaron, me dieron una paliza... y ella me escupió todo su desprecio. Huí, muy lejos, con terror, que no puedo dominar. La sola idea de pelear de veras, me horripila. Y ahora... puede decir que me desprecia.

—Me das lástima, Buck. Yo he sido educada en un ambiente rudo. Los hombres por aquí, no buscan la pelea, pero no se dejan avasallar. ¿Por qué, siendo campeón de boxeo no le diste al pistolero del látigo?

—No lo comprenderás, Harriet. Sólo al verle, me dejaba sin fuerzas. Y nada podría hacer que me volviera a poner ante él. Déjame, Harriet... Vales mucho para perder tu tiempo... con un cobarde.

Harriet Harding se dirigió hacia la puerta. Dijo en el umbral:

—Quisiera ser tu enfermera, Buck, pero éste es un caso de enfermedad moral. El único modo de curarte, es volver allá, de donde procedes, y enfrentarte con los que te asustaron.

—¡Eso nunca podré hacerlo! Lo sé. Ni siquiera... para ganarme tu afecto, Harriet... y creo que te quiero.

Ella se marchó. El lunes siguiente, Buck Alton se dio cuenta de que había circulado por Bonner, la fama de su cobardía, incomprensible en un atleta como él. El capataz y los demás mecánicos, le miraban desdeñosos.

El martes, al ducharse, tocó en su estómago un extraño bulto sobresaliente, palpó en rededor, notando como un entumecimiento.

El miércoles le preguntó a Mummy, si habla algún médico especializado en radiografías.

—El doctor Brand. Es un poco bruto, porque su especialidad son los huesos rotos, pero vale mucho.

La tarde del jueves, Alton salió de la factoría antes que de costumbre. El doctor Brand, menudo y nervioso, le miró.

—Bien. ¿Qué le sucede?

—Aquí, arriba del estómago, tengo algo del tamaño de un huevo de paloma.

—Desnúdese.

Sobre el torso desnudo, el doctor Brand fue presionando.

—Nada roto, pero es preciso una radiografía. Colóquese allí, detrás de la pantalla. Cuando le diga que no respire, aguante el soplo por medio minuto. Le haré dos «radios».

A los tres minutos, Brand dijo secamente:

—Vístase, y vuelva mañana, que ya habré hecho la exploración científica.

Al día siguiente, Buck Alton miró los dos clisés que, aplicados sobre un cristal inclinado e iluminado por detrás, reproducían su torso. Con un puntero metálico, el doctor Brand siguió una sombra.

—Fíjese en esto, Alton. Es la basa del esternón, la epífisis. Nada roto. Dígame: ¿ha recibido usted algún golpe seco en este lugar?

El índice del doctor se apoyó en el estómago de Alton. Éste recordó de pronto el agudo pinchazo de uno de los latigazos de Kiler.

—Boxeé, doctor.

—No es un puñetazo. Tuvo que ser un golpe de refilón, con algo que se contraía, adaptándose, rodeando la base de este hueso.

—Creo... que sí, doctor. Un latigazo. Me produjo un agudo pinchazo.

—¡Ajá!

El doctor apagó la pantalla. Se rascó la sien con el puntero.

—¿Qué edad tiene usted, Alton?

—Veintiséis años.

—Déme la dirección de su pariente más próximo.

—Murieron mis padres. Tengo una hermana casada, que reside en Europa. Pero... ¿es grava esto?

Brand tendió un cigarrillo a Buck Alton, cuya mano tembló.

—Siéntese y fume, Alton. La gravedad siempre es un concepto relativo. La ciencia no es infalible...

—Sin vaguedades, doctor Soy un hombre. Dígame claramente lo que me pasa.

—Mi deber es a veces muy desagradable, Alton. La ciencia tiene sus limitaciones.

—Sin rodeos, doctor.

—Bien. Vamos a ello. Usted hace algún tiempo recibió un latigazo, y posiblemente de cien casos, noventa y nueve no

hubiesen dado consecuencias. Pero en este caso... el suyo... se formó un tumor seco, con fibroma. Podría intentarse una operación, tratando de extirpar el tumor, pero hay ramificación virulenta... de tipo canceroso...

—¿Un cáncer? —Y Buck Alton sintió sus dientes crispase.

—Hay cáncer que acompaña a su dueño años. No se preocupe demasiado. Puede hacer ejercicios violentos, si le gusta boxear. No se agravará por ello. Ningún nuevo golpe, le agravaría...

—Usted titubea, doctor. Sería peor que me callase la verdad. ¿Es que... es que corro un peligro inminente?

—Inminente, no. Mejor sería que visitara otro médico, Alton.

—Le consideran el mejor. Vienen a consultarle desde Helena. Le ruego, más bien, le exijo, doctor, la verdad escueta y terminante.

—Bien, en este caso... ¿qué desea saber?

—Un cáncer tiene cierto tiempo de pervivencia en el enfermo. He oído decir que se puede precisar el tiempo... de vida.

—Precisar muy cronométricamente, no.

Buck Alton se levantó. Volvió a experimentar el «K. O.» técnico. Sonreía estúpidamente, y en lugar de cráneo le parecía tener un cojín relleno de algodón. Tenía el paladar seco, y todo era borroso...

—Precise lo más que pueda, doctor.

—¿Lo exige?

—Sí.

—Bien. Puede usted durar cuatro meses, seis meses, dos... En fin, antes de tres meses no creo le pase nada irreparable.

Dos ardientes ansias asaltaron a Buck Alton: beber algo muy fresco, y vomitar.

—Lo siento, Alton. Usted me lo exigió. En esta receta le anoto un calmante a base de manganoso, por si se presentaran dolores. Puede operarse.

—¿Usted me operaría, doctor?

—Honradamente... no. Si usted fuera millonario, quizás me tentaría, por sugestionarle y ganar yo algunos miles, dándole el beneficio de la sugestión engañosa.

—Gracias, doctor. Ha sido duro... pero así se lo exigí. ¿Qué le debo, doctor?

—Diez dólares. Venga a verme si desea algún calmante más

fuerte.

En la calle, Buck Alton creyó que aquella sensación de vértigo se iba a convertir en eterna. Pero cuando hubie bebido dos coñacs, se encaminó hacia su alojamiento, con paso firme.

En la habitación encendió un cigarrillo, tocándose levemente en suave masaje el bulto sobre su estómago.

Sonrió en rictus salvaje, al murmurar:

—Los condenados a muerte tienen derecho a un pitillo final. Me quedan aún bastantes pitillos. A diez por día, unos seiscientos seguros, y unos mil probables. Eres un cadáver ambulante, Buck. Dos meses seguros, tres posibles, cuatro probables, cinco problemáticos... pero más allá de seis... una fosa.

A las ocho, la voz de Mummy le llamó a cenar.

—¿Qué le sucede, Buck? Le arden los ojos...

—Usted es una buena señora, Mummy. ¿Conoce el refrán que asegura que no hay hombre más trabajador que un holgazán que se rebela?

—Sí. Lo oí.

—Añada otro refrán. Ése es puro mío. No hay valiente más suicida que un asqueroso cobarde, que se convierte en un cadáver ambulante, y empieza a interesarse en la caza de otros siete cadáveres ambulantes.

—Usted ha empinado el codo, Buck. Huele a coñac.

—Sí, señora. He bebido, pero ya no me hará falta. Es curioso, pero en un segundo todo cambia. Lo que antes veía negro, es ahora rosa. Donde antes vi gigantes, veo ahora enanos. Llegaré donde no llegó ni el mismísimo

F. B. I.

—Bueno, bueno —dijo ella, con voz conciliadora que había empleado con sus hijos y también con su marido, cuando regresaba «en uvas». Tome este caldo, que es gloria.

—La gloria se ha abierto bajo mis pies, Mummy. ¡Dos meses como un hombre, pueden redimir veintiséis años de cobardía!

—Coma y calle. Está usted muy excitado y no me gusta verle sonreír así, Buck. Parece usted un verdugo divirtiéndose.

Buck Alton rió con vibrante carcajada, metálica.

—Usted lo ha dicho, Mummy. Voy a ser un verdugo complaciente. Comeré y callaré, Mummy.

De nuevo en su habitación, Buck Alton se entretuvo en escribir una extraña lista. Dibujó primero una cruz, parecida a las de madera que coronan las tumbas.

Rió cuando escribía las iniciales: «R. I. P».

Una risa dolorosa, sarcástica, que convertía su rostro en demoníaco.

Bajo la cruz y las tres mayúsculas, escribió:

«Buck Alton».

«Dany Kiler».

«Giny Diamonds».

Y debajo cinco interrogantes, que correspondían a cinco enmascarados.

—Ocho cadáveres ambulantes, Buck. Pero yo, el primero, enterraré a los otros siete.

A la madrugada, con su mono de mecánica, y el recipiente con su almuerzo, se despidió de la señora Mummy, como si fuera al trabajo. Pero se despedía de Bonner.

A las ocho se sentaba en el vagón, mostrando al revisor un billete hasta Oakland.

CAPÍTULO IV

Ling, el criado chino, acudió a la llamada del timbre. Abrió, y su impasibilidad oriental experimentó un rudo choque. Pero sólo fueron sus cejas oblicuas las que se elevaron arqueadas, acusando sorpresa.

—¡Señor! Es el señor.

Buck Alton sonrió. Le tenía afecto al eficiente chino.

—Hola, Ling. Un mes sin vernos. Has engordado, bandido. Por lo visto, el señor Forest te da poco trabajo.

—Hace ya quince días que no viene aquí el señor Forest, señor.

—Ah... ¿Se casó?

—Se aloja en Los Ángeles, señor. ¿Le preparo al señor el baño?

—Un modo oriental de decirme que vengo sucio. Baño, y *smoking*, Ling, si mi guardarropía sigue como cuando lo dejé.

—Exacto, señor.

En el baño, mientras se deleitaba en el agua tibia, dijo Alton:

—Eres un buen muchacho, Ling. Te ruego me hables como a un hermano. ¿Qué novedades ves en mí, Ling?

—Si me lo pregunta el señor, puedo decir al señor que tiene una vitalidad excelente.

—¿Vitalidad? ¡Dios, eres sin saberlo un humorista, Ling! ¿Qué más ves en mi nueva persona?

—Eso, señor. Nuevo. Cambiado. Sin neurastenia, tenso pero sereno, inquieto pero decidido, señor.

—Escucha, Ling, no necesitaré más de tus servicios.

—Sí, señor —replicó, dolido, Ling.

—Porque te aprecio te echo, Ling. Trataré de que me comprendas. Voy a iniciar esta noche de mi llegada, un camino espinoso. Este ático podría recibir visitas peligrosas...

—Permítame el señor vanagloriarme de que soy Cintura Negra del club de «judo». Me enseñaron el arte de derribar cien kilos varias veces seguidas, en pocos segundos.

—Oí hablar del «judo». Es todo un arte... pero no te valdría contra látigos y pistolas.

—Sí, señor. Un Cintura Negra puede burlarse de tres pistoleros, señor. Yo soy Cintura Negra, y sería un honor que el señor rectificase su orden de despido. Respetuosamente, señor —suplicó el chino.

—Puesto así, Ling, y avisado ya, te agradezco tu fidelidad. A partir de esta noche, antes de abrir la puerta, trata de saber quién hay tras ella. Las ventanas y la terraza deben ser tus principales cariños.

—Sí, señor.

Tendiendo la amplia toalla, añadió Ling:

—Gracias, señor.

—Conste que tan pronto esto se ponga al rojo vivo, no te reprocharé que te vayas.

—Confíe, señor, en que serviré al señor años y años.

Buck Alton dejó oír una carcajada seca. Empezó a afeitarse, y poco después comprobaba el buen ajuste de su *smoking*.

—Tú que todo lo sabes, Ling..., ¿dónde podría, yo conseguir un látigo negro?

—En el Market Bond, señor. Si el señor me describe las particularidades del objeto solicitado, yo mismo mañana, al hacer mis compras, podría conseguirlo.

—Un mango de quince centímetros, y la correa de un largo de un metro y cuarto, a lo sumo, y un ancho aproximado de cinco centímetros. Flexible, Ling, muy flexible, pero a la vez de buen cuero recio.

Ling había ido escribiendo en el block que sacó del bolsillo superior de su blanca chaqueta.

—¿Algo más, señor?

—No me esperes. Vendré tarde. Y... admiro tu discreción, Ling.

Buck Alton en la calle, aspiró el aire fresco del mar. Estaba de nuevo en su ciudad natal: Oakland.

Cogió un «taxi», dándole la dirección del «Dorado».

Por el camino, preguntó:

—¿Está muy al corriente de las atracciones nocturnas, chofer?

—Es mi oficio, señor.

—¿Sabe si en el «Dorado» sigue actuando Giny, la de los Diamantes?

—¿La «Boca de Pasión»? Si, señor. Sigue en los carteles, y va para rato. Giny dicen que cuando canta, impregna de electricidad la sala.

—Vaya... Lo comprobaré. Casi seguro que esta noche habrá electricidad en el «Dorado», aunque solían apagar las luces cuando Giny cantaba. Quedaba muy bien envuelta en un solo foco... Un foco solitario, y su canto parecía un latigazo.

El chofer se encogió de hombros. Los caprichos de la gente de *smoking* eran para él manías por encima de su entendimiento. Personalmente prefería las rollizas cantantes que al fregar emitían gallos...

En el «Dorado» eligió Alton una mesa alejada de la pista, casi oculta en el extremo de la pasarela lateral. Entró cuando la florista le anunció que Giny Diamonds iba a cantar, y estaba en la pista.

Obscuridad completa, y un solitario foco aureolando a Giny Diamonds, reclinada contra un largo piano de cola.

Vestía de verde esmeralda, un tejido escamoso que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel.

La mesita elegida por Alton era la última en el camino que por la pasarela lateral debía recorrer Giny al dirigirse hacia los camerinos.

Cantaba con voz de contralto, pastosa, sensualmente acariciante, una canción completamente estúpida, pensó Alton, que antes, cuarenta días antes, al oír la misma canción se había estremecido de deseo.

*«... que florece en mi corazón,
con olor a primavera,
como violeta húmeda,
amor escondido, amor prohibido...».*



Cantó otras tres composiciones equivocadas, y percibió Alton en los espectadores oyentes, una tensión malsana. Flotaba sensualidad que emanaba de los ademanes de la apodada «Boca de Pasión».

Se encendieron las luces, apagándose el foco, y Giny Diamonds hizo unos desdeñosos saludos, atravesando la pista.

Buck Alton comprobó con placer que sus manos estaban firmemente curvadas alrededor de la cerilla con la que encendía un cigarrillo.

Giny Diamonds se aproximaba, sin mirar. Y de pronto, se detuvo como fulminada, incrédula... Estaba a dos pasos de la mesa tras la que Buck Alton canturreaba:

«... no me beses más, que morir así, es vivir...».

Giny Diamonds se pasó la lengua por los gruesos labios.

Chispeaban sus ojos...

—Si fuera roja tu tela, parecerías una pantera que está contemplando a un pajarillo, Giny.

—Imbécil... —murmuró ella, sentándose ante él—. Vete, estás aún a tiempo. No diré nada. Vete.

—¿Dónde ir que esté mejor que adorándote?

—Después llorarás, querido, y será tarde.

Buck Alton crispó las mandíbulas, y su diestra en revés amagó un bofetón. Se contuvo. Ella sonrió:

—Tal vez conmigo te atreverías, Buck. Pero, no, ni de esto eres capaz. Además, es más difícil pegarle a una mujer que a un hombre, Buck. Tenemos recursos especiales, y tú no tienes nada de *jockey*. ¿Se puede saber qué locura te ha entrado? ¿Qué haces en Oakland?

—Aquí nací, y aquí vengo a morir.

—No pudiste elegir sitio más seguro para suicidarte, Buck. Mira, me das pena y asco. La primera vez que te vi, me gustaste. Engañas, Buck. Pareces valiente y todo un hombre. Luego... una piltrafa.

—Así me calificó uno de tus ancianos y alegres compadres.

—Buck... Cuando veo a un gusano, me repele, pero evito el aplastarlo. Apártate de Oakland y de California. Estás aún a tiempo.

—Tu generosidad me conmueve, Giny. Eres preciosa... pero te estoy viendo como antes no supe mirarte. En efecto, sí... tienes los pómulos salientes, poca carne en el rostro, se te dibuja la calavera..., Éste es tu atractivo, pero mirándote bien, veo a un cadáver ambulante.

—¿Llamo a los loqueros, Buck? A veces emplean látigos...

—Mírame el vello de las manos, Giny. Está de punta. Eres imponente, y me das escalofríos de terror. Un cuello blanco, suave...

Alzó Buck Alton su diestra, engarfiados los dedos.

—Rodear tu cuello con estos dedos, sería un collar magnífico, Giny. No de diamantes, precisamente, pero dejaría en tu piel huella de rubíes muy rojos, ¿o prefieres los sangrientos granates?

Giny Diamonds, al sonreír perversamente, semejó un ídolo cruel.

—Mira este teléfono, Buck. Es portable, y puede enchufarse aquí mismo, a tu lado.

—No me digas... —sonrió Alton.

—Me bastaría hacerlo y marcar un número de seis cifras.

—¿Es una nueva atracción del local?

—Al marcar este número, alguien vendría a instalarse en mi coche. Un hombre de verdad, que lleva un cinturón especial.

—Giny... Has ganado. Me voy. No podía resistir el volver a verte. Me iré si aceptas mi última botella de champaña en tu camerino.

—Un capricho así, pueden pedirlo los hombres, Buck, no los llorones como tú.

—Por cada lágrima, una gota de sangre, decían los antiguos romanos. Yo, te ofrezco unas copas de champaña, Giny.

—Es lastimoso ver lo bajo que puede caer un cobarde enamorado. Ven, Buck. Te concedo cinco minutos. Y después, largo...

—Sí, mi vida.

Siguió él tras ella, hacia el gran camerino situado al final de la galería, cercano a la salida de artistas.

—Déjame que me despida de Oakland a tu lado. Paseemos un poco por la ribera, Giny...

—Aquí, si te vieran, sería molesto para mí. Cojo mi capa, Buck. Y no tengas miedo. No telefonearé... Al fin y al cabo, aplastar un gusano es repugnante. ¿Comprendes?

—Sí, tus amigos prefieren que esté lejos. Un gusano en huertos alejados queda ignorado.

Abrió ella la puerta del camerino, limitándose a tender la mano y recoger una amplia capa blanca, con la que se cubrió los desnudos hombros.

Fuera, en el callejón, estaba el coche de color guinda.

—Preferirás andar a pie, Buck. Mi «Pontiac» te trae malos recuerdos.

—A tu lado, y si no está dentro Kiler, me hallaré a gusto.

—Te llevaré a la estación que elijas. ¿Norte, Este o Sur?

—Éste.

Ya en marcha, ella al volante, comentó:

—Un capricho que te pudo costar la vida, Buck.

—Prueba de mi amor pasional que me tritura, aquí, precisamente aquí arriba del estómago. Tal vez una ramificación del corazón.

—Casi me estás gustando, Buck. Tienes una ironía extraña,

desconocida.

—Los cadáveres ambulantes somos así, Giny. Vamos a mi ático.

—¡Quita allá majadero! Casi parece que me das órdenes.

—Lo son. Ahora bien, si prefieres unos cuantos tortazos, avisa. ¿Qué puedes esperar de un cobarde, sino pegar a una mujer? Conduce por la dieciséis. Llámalo arrebató pasional, pero te voy a raptar, Giny. Como lo oyes. Un rapto estremecedor...

Ella frenó bruscamente. Se apoyó en el volante, detenido el coche junto a la acera.

—Baja, y largo de aquí, imbécil.

—Estoy pensando si darte un bofetón en la boca, o administrarte suavemente un puñetazo en la carótida. No quiero amaratar tu linda piel que es como la cal, y quema. No... No cojas tu bolso...

—¿Y... si llamase a aquel policía de ronda?

—No estaría mal. Todavía no he visitado la comisaría del F. B. I.

, de Oakland, para hablarles de los cinco vejetes marineros.

—Buck... No me impresionan tus amenazas.

—Sí, tus amigos prefieren que esté lejos. Un copas conmigo en tu ático, te lo consiento. Al fin y al cabo, igual me da escupirte mi asco aquí, que allá.

Cogió él su bolso, del que extrajo una diminuta pistola.

—Así iremos mejor, mi vida. Anda, vamos caminito del hogar, dulce hogar. También cantas eso alguna vez. Sólo que tu hogar tiene olor a flores venenosas.

En silencio fue ella conduciendo, hasta detener el coche ante el edificio, en cuyo remate estaba el ático alquilado por Alton.

—A las dos tengo que estar en mi casa, Buck. Si tardase, podrían extrañarse, y alguien les diría que me vieron subir al coche con un guapo atleta... fácil de identificar como el ex campeón.

—A las dos, estarás en tu casa, Giny —dijo Alton, abriendo la puerta. Después, en el ascensor, añadió—: Cuando te conocí, me reí de los que te calificaban de mujer fatal. He llegado a la conclusión de que la mujer fatal lo es por la gran idiotez masculina. Pero claro, eso sólo lo veo ahora que mi mente está despejadísima, y que miro al mundo y todos sus moradores, con ojos de cadáver ambulante.

—Tu ironía es lúgubre. Espero que el champaña te hará menos ácido y más como eres, Blando e impresionable.

El ascensor se detuvo. En la puerta del ático, introdujo el llavín Alton, pero antes de dar vuelta, la puerta se abrió rápidamente...

—Perdón, señor; perdón respetuosamente. Ignoraba que era el señor. Me retiro, señor.

Ling se alejó sin ruido. Giny entró mirando de soslayo el burlón saludo que le hacía, invitador, Buck Alton.

—Has tomado posesión de tu casa, Giny. Puedes considerarte en tu casa. Una noche, un día, una semana, un mes... ¿quién lo sabe?

—¡Basta ya, Buck!

—Aquí, o en una casa del Risco Alto, solitaria... Donde sea... eres ya de mi propiedad, Giny. Mía... pero no en el sentido apasionado del amor, sino con pasión de un odio bestialmente cariñoso.

Giny retrocediendo, uñas en ristre, iba buscando en rededor con la mirada algún objeto pasado, de el que pudiera valerse.

La sarcástica figura del que avanzaba hacia ella, empezaba a actuar sobre sus nervios.

—No me huyas, delicia. No pretendo siquiera rozarte con mis manos... ¡porque no hay jabón que me las limpiara después!

Abalanzóse ella hacia una consola sobre la que había un gladiador romano en estatuilla de bronce. Rozaban ya sus dedos el metal, cuando las tinieblas la invadieron.

Elásticamente, en salto felino, Buck Alton acababa de levantar el vuelo de su amplia capa, cubriéndole con ella la cabeza y el busto. Atrajo hacia atrás la tela, anudando tras el talle femenino.

Ella trató de debatirse inútilmente, y en rabiosa indignación propinó hacia atrás taconazos...

—Lamentable, Giny, pero te lo buscaste. Vas a empezar a conocer lo que es padecer miedo, agonizar con sudores de espanto. Ahora, te encerraré en un cuartucho donde echo los trastos inservibles. No invoques mi galantería, querida.

La alzó en vilo, depositándola poco después en un estrecho desván sin ventanas, cuya puerta cerró, después de comprobar que no podía ella asfixiarse, por cuanto si bien presa de busto y brazos, un pliegue de la capa, la permitía respirar.

Por fuera, ajustó la pasadera de un cerrojo complementario.

Llamó:

—¡Ling!

El criado chino surgió rápido y silencioso.

—Me parece necesario aclararte un punto, Ling. Tú no has visto nada, ni sabes que allí hay fina fierecilla maligna. Estaré ausente una hora a lo más. Vigila esta puerta, y si promoviera ruido excesivo, o se libertara, cosa que dudo, a tu mejor entender dejo la cuestión.

En la calle, Buck Alton subió al coche «Pontiac», y poco después bajaba la pendiente deteniéndose ante la casa de madera de dos plantas, en cuyo piso alto recibiera los latigazos.

No había ninguna luz transparentando las ventanas. Tocó el «claxon» por varias veces, esperando.

La casa siguió sin denotar en su interior ningún movimiento. Buck Alton descendió, y, subiendo los peldaños de madera, fue a tocar el timbre.

Necesitaba volver a ver la sala donde gimoteó, arrastrándose, suplicante, mientras cinco energúmenos le convertían en un saco humano.

A la tercera llamada, se volvió rápidamente, porque un transeúnte le abordaba:

—¡No se canse! La dueña no regresa hasta las dos... Aunque a lo mejor está, puesto que ése es su coche.

—Gracias. Insistiré.

Cuando se cercioró de que no había nadie visible, rodeó la pared lateral, y por el estrecho callejón llegó a rozar el muro de dos metros que tapiaba un jardín posterior, cara al mar.

La obscuridad era allí profunda. Saltó hasta que sus dos manos aferraron el borde de la tapia, y con una contracción gimnástica, se encaramó, saltando al interior.

Divisaba la pared posterior, agazapado ahora junto a un seto. Más allá, en el suelo, vio refulgir algo metálico: un azadón.

Lo recogió, y en rápida carrera sobre la punta de los pies, llegó a la veranda que circundaba en galería cubierta, dos departamentos posteriores. Una cocina visible a través de la puerta, dotada de tela metálica contra insectos.

Refulgían de blancura la nevera, y los distintos compartimentos empotrados y salientes de la cocina. Tanteó la puerta. Estaba cerrada por dentro, al igual que las ventanas.

Se acercó a una de las columnas de la galería, y trepó por ella,

colocando el azadón a su espalda, con el mango inserto entre el cuello de su *smoking* y la camisa.

Con un poderoso juego de muñecas y tras un balanceo en el vacío, consiguió pisar la terraza del piso alto.

Tres ventanales cerrados. Miró a través de uno, y vio la alfombra mullida en el suelo. Dio un seco golpe en un cristal, a la altura del cerrojo interno.

Los cristales cayeron sin ruido sobre la alfombra. Rasó la mano, y dando vuelta a la manecilla, abrió. Frotó con el pañuelo la manecilla, así como el mango del azadón.

Enguantó sus manos, y con el azadón colgando en su zurda, avanzó por la alcoba, abrió otra puerta, y se halló en el corredor, donde tras una puerta estaba la sala vacía en que fue azotado.

Pisaba tenuemente. No se oía el menor ruido. Apoyó el hombro sobre la puerta, y empujó. El cerrojo chirrió, cerrado a llave. Tras varios empujones, penetró de golpe en la estancia.

Ningún mueble... y colgando del techo aquellas dos cuerdas, rematadas en correas muñequeras... Buscó hasta hallar el interruptor.

Se colgó de las dos cuerdas, pero la polea del techo era sólida. Se limitó a tirar de ellas en sentido inverso, después de desatar el extremo anudado en un resalte de hierro de una pared lateral.

Fue enrollando la doble cuerda, y regresó a la alcoba. Vio un neceser escritorio. Lo descerrajó, valiéndose de la punta del azadón.

Se sentó, y fue revisando las carpetas, los cajones, los papeles, las fotografías... todo lo que le pareció digno de un estudio posterior, lo introdujo en una cartera de piel roja.

Cogió la pluma, escribiendo:

«A quien lea.

He tomado prestado cierto aparato; a su debido tiempo, tú, Dany Kiler, y los cinco patilludos, seréis invitados a experimentar su funcionamiento. Por cada lágrima mía, sudaréis chorros de angustia.

No firmó. Con la cartera bajo el brazo, y el grueso rollo de cordaje, descendió por el interior, hasta llegar a la puerta de la

calle, que abrió con un llavín colgado al lado. Salió al exterior, montando en el “Pontiac”».

Lo aparcó ante un edificio en cuyo sexto piso estaban las oficinas y redacción del periódico deportivo al que antes perteneciera como reportero.

Sabía que a aquella hora, el redactor jefe estaría reuniendo el material para la edición del día siguiente.

Un botones le miró asombrado:

—¡Señor Alton!

—¿Qué tal, Rob? Has crecido. Es curioso ver cuánto cambia la gente en un mes.

Empujó la puerta del despacho del redactor jefe, un escocés calvo y bullidor, que sin alzar la vista de las cuartillas que estaba mutilando a golpetazos de lápiz rojo, tendió la zurda.

Era el gesto habitual, reclamando material para imprimir.

—Hola, «MacPenny».

El redactor jefe alzó furioso la cabeza al oírse llamar por el apodo alusivo a su avaricia.

—¡Diantres, pero si tú eres el fantasma de Buck Alton!

—En carne y hueso.

—Desapareciste...

—Y resucitó, boyante y agresivo. ¿Quieres material candente para tu edición de mañana?

—¡Duro! A ver qué traes, aunque perdona, chico, pero eres un flojo, que te rajaste, rectificando tu sospecha de «tongos» en el «ring».

—Porque no tenía ni tengo pruebas.

—¿Dónde estuviste? Estás más seco, más recio.

—En el campo. Nada hay mejor que tenderse bajo una vaca, desayunar. Te traigo un artículo, con firma cualquiera. Seguirán otros. Este primero podría titularse: «Buck Alton regresa acometedor».

—¡Bah! Un «contrista» como tú...

—Es que he cambiado el estilo. Ahora voy a fajarme como el que más. Si preparas el «dicta», podrás enjuiciar.

Angus Mac Alistair quitó de la horquilla el encorvado tubo, tendiéndolo a Buck Alton, que colocándoselo ante los labios, empezó a hablar.

«EL RETORNO DE BUCK ALTON».

«Ha visitado nuestra redacción el antiguo colaborador Buck Alton, que a raíz de su derrota a manos de Slim York, marchó al campo, donde entrenándose, ha recuperado una forma cabal. Nos hace saber que en el segundo contrato firmado con Slim York, había una cláusula que le daba opción a un tercer combate definitivo con York, antes del plazo de dos meses, en que principiarán los campeonatos entre Estados. Nos limitamos a reproducir palabra por palabra lo dicho por Buck Alton».

«—¿Deseoso de recuperar tu público, Buck?».

»—Nunca lo tuve, porque reconozco que mi modo de pelear en retirada y a la caza de una oportunidad, no es de los estilos que agradan. Pero en este mes, me he entrenado a conciencia modificando mi estilo. Vengo dispuesto a demostrar que desde que toque la campana, sabré dar la cara, igual o mejor que mis contrincantes».

»—No lo hará, porque es un valiente, y no deseará que esta cualidad suya, quede en entredicho. Es más, yo estoy dispuesto a no percibir un solo céntimo, si pierdo, y que el montante de mi porcentaje pase a la bolsa de Slim York, si éste me gana, lo cual trataré de evitarlo».

»—Estás muy seguro de ti mismo, Buck».

»—Un mes en el campo, es una vitamina portentosa. Yo deseo que el público de Oakland, entendido y cordial, me coja simpatía, y que al menos, si pierdo, no puedan decir que escondo la cara. Muy gustoso vengo a darla, y si han de rompérmela, no será sin que yo me raje. Desafío a cualquier crítico a que, en mi próxima pelea, pueda escribir una sola vez la palabra “retirada”. Esquivaré lo justo, y prometo dar el máximo».

»—Así se habla, Buck... pero, el movimiento se demuestra andando».

»—*Slim York tiene la palabra. Nunca se rajó, y tengo derecho al combate revancha. Admito que el primer combate se lo ganó poco limpiamente, y que en el segundo, me acobardé. Yo no le tengo ningún rencor a Slim, pero si en esta tercera prueba se atreve a apostar que me dura más de seis asaltos, perderá.*

»—*Chico, después de esta declaración, puedes dar por seguro que Slim York anhelará acorralarte entre las cuerdas. Y oye: ¿qué hay de aquellos artículos tuyos acerca de un supuesto amaño en los combates?».*

»—*Vengo dispuesto a desenmascarar a los tunantes y timadores, estén donde estén. No puedo aún señalar a nadie, pero cuando pueda, descuida, que lo señalaré muy señalado.*

»—*Será cuestión de ir a pasar un mes al campo. Hasta, pronto, Buck Alton. Bienvenido. ¿Algo más?».*

»—*Un saludo, a la afición de Oakland, a la que espero no defraudaré.*

Colgó Buck Alton el dictáfono. Angus Mac Alistair se pasó la mano por la calva.

—Bueno, bueno de verdad, Buck. El empresario del «box» te buscará con ahínco, porque... el público estará ansioso de ver si Slim York te rompe la cara. Oye: ¿sabes quién entrena a Slim York?

—Supongo será Lenox.

—No. Es Dick Forest, tu antiguo manager.

—Yaya... Al irme yo, se buscó otro potro. No se lo reprocho. El negocio es el negocio.

—¿Quién tienes de manager?

—Mañana decidiré. Bueno, «MacPenny», abur.

—Escucha: tú sabes muy bien que no soy ningún roñoso. Lo que pasa es que penique a penique es como se hace... ¡Al diablo! No me dejes en la estacada, Buck. No abras el apetito a los del «box», y luego te rajes, sin enviar artículos.

—Te prometo que te voy a dar unos reportajes sensacionales.

—Pero... la caja no está fuerte, Buck. No seas excesivo en tu nuevo fichaje. ¿Vale cinco pavos por artículo?

—Tu generosidad te va a matar, «MacPenny».

—Te preparo un contrato por tres meses, a cinco por noche, ¿eh? Rescindido, si vuelves a rajarte.

—Escucha, viejo zorro. Sabes perfectamente que si descubro algo sensacional, me juego la piel... Y tengo veintiséis añitos... y muchos por delante.

—Tú serás mi ruina, Buck. ¿Vale seis por noche?

Buck Alton rió sin alegría.

—Te doy mi piel barata, como si fuera un cadáver ambulante, «MacPenny». Asegúrame dos meses a diez, con un anticipo de doscientos, y soy todo tuyo.

—¡Que manera tan repelente de regatear, caramba! Bueno, tendrás los doscientos, cuando tu artículo eche pólvora y queme.

—De acuerdo, Abur, «MacPenny».

En la calle, Buck Alton condujo el «Pontiac» hasta un aparcamiento frente al hotel Alsdorf. Lo abandonó.

Bajo el abrigo echado sobre el brazo llevaba la doble cuerda, y en el sobaco izquierdo, la cartera.

¿Por qué entre las «fotos» cogidas en el despachito de Giny Diamonds, había una de Slim York con encendida dedicatoria, fechada tres días antes del primer combate?

En su piso, le acogió, impasible, Ling.

—¿Novedades, Ling?

—Ninguna, señor.

—Tú tienes muchos conocimientos entre los Confucios del barrio oriental. Me gustaría nombrar manager a uno de tus amigos... pero te advierto que hay peligro.

—Si el señor permite, el boxeo me deleita, señor.

—¡Vaya! Para ti el cargo. Vamos a trasladarnos. Conozco un lugar muy agradable, donde podré entrenarme. El Risco Alto.

Ling arqueó las cejas, en silencio.

—Es precioso aquel peñasco en las afueras, con su caserón en la cumbre. Nadie lo alquila, porque les parece lúgubre. Yo lo alquilaré. Y éste es el primer mueble que aporto.

Señaló el doble cordaje con muñequeras.

—Por última vez, Ling, aun estás a tiempo de batirte en retirada.

No creo que tengas vocación para cadáver ambulante.

—Si el señor me lo permite, yo sé que el señor es un buen corazón atormentado, y por esto mismo, yo estaré con el señor, donde sea, y contra quien sea.

—Eres la segunda persona que me habla con cariño, Ling.

Y por unos instantes, Alton evocó la imagen lozana, de pulcra rectitud moral, de Harriet Harding: la clásica mujer que inspiraba sensación de hogar.

Pero el camino que debía seguir se alejaba mucho de la placidez de aquella granja lejana.

—Ya que puedo contar plenamente contigo, Ling, tal vez tu sabiduría me resolverá un problema. Por la mañana, me convendría tener libre este ático de la presencia de la visitante, que debería salir de aquí, sin ser vista, para ser trasladada a algún lugar lo más cercano posible.

—Creo, señor, que Tseng me facilitaría su furgoneta para recoger ropa de sus lavaderos. Es un favor que yo le haría a Tseng, y la visita estaría confortablemente silenciosa en la furgoneta, hasta que el señor dispusiera. Puedo conducir la furgoneta durante todo el día de mañana, señor.

—Muy bien, Ling. Eres un hombre de recursos. Mañana nos alojaremos en el Risco.

CAPÍTULO V

El agente de compra y venía de fincas examinó a su cliente. Eran las nueve de la mañana siguiente a la noche en que Giny Diamonds no regresó a su casa, y quedó su coche abandonado.

—¿En qué puedo servirle?

—Deseo alquilar la casa del Risco —replicó Buck Alton.

El agente pestañeó asombrado. Y fue sincero.

—Es un caserón poco confortable, mal situado, alejado de comunicaciones, y realmente, tengo lista de casas playeras, en condiciones muy distintas.

—Me interesa la casa del Risco, precisamente, por su soledad. Podré montar allí, mi campo de entrenamiento.

—¿Entrenamiento? Mire, yo cobro la misma comisión por venderle o alquilarle el Risco, que por efectuar la misma operación con otra finca. Pero debo advertirle que, hace un año, la alquiló un escritor de los que no son nada parcos repartiendo tiros, puñaladas y cadáveres con fantasmas. Dijo que el Risco le ambientaría, dándole inspiración nocturna. A los dos meses de estar en el Risco, estaba hecho un paquete de nervios, y tuvo que recluirse en un sanatorio, porque veía los fantasmas que hasta entonces se inventaba.

—No creo me suceda. ¿Cuánto renta?

—Si persiste, yo quedo tranquilo de conciencia. Se lo advertí. El caserón está amueblado. Cada semana, una mujer de faenas va a pasar el plumero y asear aquello.

—Dígale que no vaya más. Tome nota, porque tengo criado, y no quiero visitas intempestivas.

—Bien. Las condiciones son un depósito-fianza de doscientos, y un pago anticipado trimestral, que no será devuelto aunque sólo

pase allí veinticuatro horas. Las llaves se las darán en el surtidor de nafta de la milla once de la carretera entre Oakland y Berkeley. Ahora le extiendo la documentación.

En la milla trece de la carretera de Oakland, que, siguiendo la ribera, pasa por Berkeley, se abría un camino lateral. Y en él había una blanca camioneta de las destinadas al reparto de ropa limpia y recogida de sucia. Al volante, Ling leía atentamente las sabías máximas de Confucio.

La carretera, en aquel tramo de dieciséis millas entre las dos ciudades populosas de la bahía de San Francisco, estaba moteada a largos trechos por aislados chalets playeros.

Pero en octubre, quedaban deshabitados, y parecía que la vida humana rehuía alentar en aquellos parajes de acantilados boscosos.

Pagó Alton el «taxi», y vino a sentarse junto a Ling, que, saludando, puso en marcha la camioneta.

—Todas las compras verificadas, señor. El *ring* y los instrumentos gimnásticos serán traídos al mediodía por la casa de artículos para deportes. La señorita está confortablemente instalada atrás.

Aquella carretera secundaria ascendía ahora, y al término de un pronunciado viraje, apareció la casa del Risco.

Aun a la opaca claridad de aquel día de otoño, era lóbrega, con su sombría masa de madera recortada en tres plantas.

La camioneta penetró en el corto sendero que, desde la carretera, subía por entre pinares a la explanada talada, a cuyo final, una empalizada de setos, circundaba a dos metros de distancia la fachada y los muros laterales.

Ling detuvo el coche para abrir la empalizada. Alton condujo hasta la carcomida puerta del garaje.

Descendió, y del manojó de llaves probó varias hasta abrir la de entrada. El mobiliario era destartado y elemental, dando la impresión el interior de nunca haber sido habitado.

Una frialdad repelente rezumaba de los tabiques, y los peldaños de la escalera que conducía al piso alto, crujían quejumbrosos.

El piso alto tenía cuatro habitaciones, de las que sólo dos estaban amuebladas como alcobas. En otra, había una tina, medio barril, y un caño amplio para surtir de agua aquel primitivo cuarto de baño.

Una escalera de hierro, erecta, vertical, llevaba a la tercera planta que era una sola estancia-mirador, flanqueada por cuatro amplios ventanales.

Abriendo el posterior, se inclinó Alton. Daba vértigo ver abajo, a unos cien metros, la espuma de las olas batiendo el peñasco sobre el que se erguía la casa del Risco.

Ling, en la planta baja, iba colocando en una alacena todas las provisiones adquiridas prudentemente. La cocina era rústica, pero tal vez la pieza más cómoda de la casa.

Dejó sobre una mesa un látigo negro, muy similar al solicitado por Alton.

—Este caserón acabaría con el buen humor del más optimista, Ling —dijo Alton, entrando.

Recogió el látigo, haciéndolo restallar... Aquel sonido levantó en su recuerdo evocaciones que le hicieron crispas las mandíbulas.

—En el piso primero, Ling, hay una estancia vacía, sin ventanas. Hay un candelabro mohoso. Coloca unas velas, y enciende. Después, acompaña a mi invitada a dicha habitación. ¿Cuál es el paquete de lo que has adquirido en la ferretería, Ling?

Tendió el chino lo solicitado. Poco después, Ling salía de la estancia sin ventanas, en la que cinco velas daban una luz espectral.

Por espacio de diez minutos, Buck Alton, con una escalera portable, un martillo, destornillador, y otros objetos, estuvo trabajando en el techo de aquella habitación.

Quedó por fin sujeta en lo alto una doble polea de la que colgaban las sogas rematadas en correas muñequeras; el otro extremo de ellas estaba atado a un pasador empotrado en la pared.

Ling, en el umbral, tosió discretamente para despertar al hombre que parecía dormido en la contemplación de la doble sogas colgante.

Giny Diamonds no había vuelto a ver a Buck Alton, desde el momento en que éste le cubrió la cabeza y el busto con la capa. Las distintas veces en que ante ella apareció Ling, habían empezado a surtir efecto en sus nervios alborotados por aquel incomprensible rapto.

—Ling, ten la bondad de colocarle a mi invitada estos brazaletes alrededor de las muñecas. Después, quítale la mordaza, y cierra la puerta. Pero sin salir. Debes escuchar cuanto diré.

Giny Diamonds llevaba las manos juntas, porque estaba atada

por los codos. Quedó libre de codos, cuando sus dos manos estuvieron presas en las colgantes muñequeras.

Ling, impasible, le quitó la mordaza, y ella aspiró ávidamente. Buck Alton dio varias vueltas al remate de las cuerdas, y las dos muñecas de Giny Diamonds se elevaron por encima de su cabeza, hasta que quedó con el cuerpo rígido, casi suspendida.

—¡Canalla! ¡Cobarde! —gritó ella, fulgurantes los grandes ojos malignos.

—No tengo el menor respeto a los convencionalismos que exigen que tratemos a la mujer con galantería y protectoramente. —Y la voz de Alton tenía duras resonancias.

Se acercó, y tal como estaba en mangas de camisa, resaltó en su talle el cinturón-látigo, Giny Diamonds abrió más sus verdes ojos.

Ling, estatua impasible, junto al candelabro, cruzaba los brazos, cruel en su indiferencia, exótico en su blanco traje de dril.

Buck Alton se palpó el lugar donde en el centro de su busto, una prominencia marcaba el fatídico tumor con carcinoma.

—Todavía no he acabado de comprender bien lo que sucedió, Giny querida. Tú me insinuaste que debía perder mi combate con Slim York, y yo no perdí. Entonces, viniste a buscarme coa Dany Kiler, y en tu casa había cinco enmascarados, que me recibieron dándome la más atroz paliza que cabe imaginar. Fui azotado, fui empleado como un «*punching-ball*» por cinco energúmenos disfrazados de viejos marineros. Idénticos los cinco. Y tú, mientras, te reías. Los franceses dicen que el que ríe el último, es el que mejor y más a gusto ríe. Y estoy dispuesto a reventar a carcajadas. ¿No lo lees en mis ojos, vida mía?

Buck Alton tenía el rostro desencajado, por un rencor sin nombre.

—Tiemblas, Giny... Dime: ¿por qué debía yo perder con Slim York?

Ella gritó agudamente, arqueando el cuerpo:

—¡Vendrán aquí! Y entonces, tú y el verdugo oriental, sufriréis mil horrores. ¡Déjameirme que aun estás a tiempo, Buck Alton!

—Dime, Giny... Una sola cosa. Bastará que me digas el nombre de uno de los cinco viejos postizos. Un solo nombre, y te evitarás los siete latigazos que recibí...

—¡No diré nada y lo sabes, cobarde!

—A propósito; me olvidé algo sin gran importancia. Yo perdí el segundo combate con Slim York, atendiendo las órdenes de tus cómplices, y huí lejos. Pero hace unos días me apareció aquí... —Y Buck Alton abrió de un zarpazo su camisa, haciendo saltar los botones— ¡aquí!, algo grotesco. Mira, parece una bolita de chicle. Fui a ver al mejor médico. La radiografía reveló un tumor. Un tumor canceroso, producido por un latigazo. El médico me dio de dos a seis meses de vida. Ni menos ni más.

En su rincón, Ling arqueó las cejas. Ahora, comprendía... y sus rasgados ojos miraron con crueldad a la prisionera.

Giny Diamonds se pasó la lengua por los gruesos labios sensuales.

—Soy un cadáver ambulante, Giny querida. Dany Kiler es otro cadáver ambulante, y lo son también los otros cinco enmascarados. Tú... puedes salvarte. Vas a servir de señuelo. Cuando tus seis cómplices lean el periódico de hoy, tal vez lo relacionen con tu desaparición. No llamarán a la policía, sino que tratarán de dar conmigo. Escucha, Giny; te vas a quedar sola hasta la noche, meditando... Ling, quita tres vueltas, para que la femenina y cariñosa Diamonds, pueda colocar las manos en el regazo, en actitud de meditación. A la noche, antes de tu cena, volveré. Si no me dices el nombre de uno de los cinco viejos marineros de carnaval, conocerás lo doloroso y mortificante que es recibir latigazos. ¡Apaga las velas, Ling! La obscuridad dará mayor ambiente a las reflexiones de Giny Diamonds.

A cada soplo de Ling, emitía Giny Diamonds un chillido de angustia. La estancia quedó a oscuras, y la puerta cerrada, ahogó los gritos de la prisionera.

Abajo, en la cocina, Buck Alton se secó el sudor de la frente.

—¿El señor me honrará tomando un café?

Buck Alton clavó sus ojos en los de Ling, extrañado. La voz siempre igual del chino, sonaba ahora un poco trémula. Sonrió el boxeador.

—Si te disgusta lo que estoy llevando a cabo no te lo recrimino, Ling. Ella es una mujer... ¡Pero yo ya no soy un hombre!

—Ella es una mula serpiente, señor, y despídame si le digo al señor, que yo sé que el señor estuvo enamorado de la mala serpiente. Yo pisotearé con placer los restos de la mala serpiente.

—¡Diablos, Ling! Ahora sí que pareces un verdugo oriental. Y oye. Ling... eres mi manager. Se acabó el señor Alton. Llámame Buck.

—Permítame el señor decirle que esto es superior a mis posibilidades. El señor...

Buck Alton sonrió tristemente, colocando su diestra sobre el hombro menudo, pero duro como la piedra, del oriental.

—Tú eres mi único amigo, Ling. Y la amistad es un don precioso. Sólo de ti fío. En tu tierra natal ¿cómo llamarías a tu señor, si éste se bailara abocado a una muerte segura?

—Hermano, porque todos fatalmente vamos a la conversión en espíritus.

—Pues adelante, hermano. Desde que supe que iba a morir, algo raro me pasó. Primero tuve un furor cobarde. Después... lloré. Y por último, reí. Todo lo vi grotesco, pequeño, sin importancia. Sólo existía un deseo. Matar de miedo, a los que así me redujeron a la condición de cadáver en pie. El café, Ling.

—El café, hermano.

Y no era ridícula la mirada de afecto leal que entre dos seres de raza opuesta, se cruzó.

—Tú también, Ling. Me temo que tu testarudez te lleva anticipadamente a tu conversión en espíritu. A estas horas habrá quien, leyendo el periódico, trate de averiguar dónde estoy.

* * *

Dany Kiler descendió ante la puerta del gimnasio instalado al exterior de Oakland.

Slim York estaba golpeando el saco, mientras Richard Forest, el antiguo manager de Buck Alton, cronómetro en mano, contaba los tres minutos de duración.

Vio a Dany Kiler, pero siguió corrigiendo de vez en cuando, sin dejar de mirar el cronómetro:

—Pega más de izquierda, Slim... El codo sobre el hígado, Slim... Lo descubres... Cruza con un «jab»... Apoya la cabeza... Cuerpo a cuerpo... ¡Reposo!...

Slim York se quitó los guantes de pegar al saco. Alzó las vendadas manos, aspirando y expeliendo aire por las narices.

Dick Forest miró Dany Kiler. Al otro extremo de la larga sala, en un banquillo, estaban sentados los tres *sparring*-parthers que entrenaban con sus distintos pesos y estilos al campeón de Oakland y Berkeley.

Un peso gallo para la velocidad, un peso medio para la contundencia, y un pesado para encajar.

No podían oír lo que se iba a hablar:

—Ya leí —dijo Forest—. Alton ha vuelto, y reta a Slim. Tiene derecho a ello, y Slim no puede evitarlo.

Dany Kiler más que hablar, mordió entro dientes:

—Si Alton se va de la lengua, al primero que cogen es a mí, Richard.

—No hablará. Estás libre. Ésta es la mejor prueba.

—¿Giny?

—Ya sabes cómo son las mujeres tipo Giny. A lo mejor, esta fanfarronada de Alton volviendo, la ha entusiasmado. Estará con él, por la costa.

—Hay que suprimir a Alton —dijo Kiler—. Hay que buscarle, y cuando lo dejemos tieso, la gente creerá que ha vuelto a huir.

Slim York asintió, acercándose más:

—Búscales, Dany.

—No está en su piso. Se fueron sin dejar noticia de nuevo domicilio. Él y su chino.

—Búscales, y quítalo del mapa —insistió York—. Pronto, porque lo que dejó escrito en casa de Giny, da mala espina.

—Es un cobarde —sentenció Richard Forest—. Lo hizo para fanfarronear. Pero es mejor que lo «seques», Dany. Pero nada de echarlo al agua, o abandonarlo por ahí acribillado. Eso atraería la atención sobre Slim. Lo entierras con cal y ácido, en la montaña.

—Bien —dijo, satisfecho, Dany Kiler—. Pero el tipo se estará escondiendo.

—Ya darás con él. En su redacción podrán informarte. O él aparecerá por algún lado, Dany. Vamos a seguir, Slim.

En el «ring», Slim York golpeó con saña al *sparring*, cuyo casco con orejeras le protegía, pero cuyo tórax empezó a colorearse.

Levantó la diestra, asiéndose a las cuerdas, e indicó:

—Pega demasiado fuerte, Dick. Dile que frene.

Slim York sonrió, mostrando los blancos dientes en mueca feroz.

—Perdona, chico. Te confundí con Buck Alton.

* * *

Los instaladores y descargadores de la Casa de Deportes, al terminar de montar el «ring» de entrenamiento, los sacos, el «puching», las poleas, y la tablilla de masajes, junto a la pared del garaje, en la breve explanada entre los setos, se acercaron para que uno de ellos recogiese la firma de conforme de Buck Alton.

—Como solitario, es solitario —comentó uno de ellos—. Pero tendrían que darme muchos billetes para que pasase yo la noche aquí. ¿No oyó hablar del fantasma del Risco, patrón?

Buck Alton sonrió, tocándose el pecho:

—Aquí el único fantasma soy yo, amigo.

—Dios le conserve este buen humor, patrón.

—Háganme un favor, ¿quieren? Uno de ustedes lleve la camioneta de la lavandería de Tseng a su dueño. Mi manager Ling ya no la necesita. Tomen estos papiros para remojar el gaznate.

—¡Buena salud, patrón! —exclamaron ellos, al despedirse.

—Y este sobre a la redacción del «Sporting All». Gracias.

El «puching» martilleó contra la tabla, velozmente. Buck Alton empezaba a dar elasticidad a sus músculos. Ling contaba los minutos.

Después de la ducha en un barreño valiéndose de una manguera colgando, y mientras se secaba, comentó Alton:

—Ya sólo faltan dos *sparrings*. Veré si los hermanos Gardiner aceptan. Son brutos que no conocen el miedo, si les pagan bien. Regresaré en el «bus» de la línea de las ocho, Ling. Vigila, aunque es pronto todavía, para que nadie me visite.

En la edición vespertina, el «Sporting All» publicaba el artículo enviado por Buck Alton, Un artículo que estaba suscitando muchos comentarios entre la gente aficionada al boxeo.

«BUENAS NOCHES, SEÑORES.

BUCK ALTON CON USTEDES»

«He elegido un campo de entrenamiento aislado y secreto.

Mi nuevo estilo así lo exige. Habrá quien suponga que empiezo una campaña de propaganda a mi favor. El tiempo dirá si tengo o no razón al suponer que ciertos elementos que en su día desenmascararé, no quieren que yo pueda representar a California en los campeonatos de los Estados. Hago constar que no acuso de nada sucio al leal y combativo Slim York. Él pelea noblemente, y da la cara. Yo venceré a Slim York en el “ring”. Y tendré ganado el derecho a verme con el campeón de Los Ángeles. Tengan bien presente lo que digo. Alguien, en la sombra hasta que yo le saque de ella, tratará de ponerme obstáculos fuera o dentro del “ring”. No pretendo con ello decir que intentarán matarme en el “ring”, porque esto es absurdo. Pero sí afirmo, que no interesa a ciertos elementos, que yo sea campeón representando a California. Como prometí hace más de un mes, no quiero que se explote y engañe a la sana afición, a la que todo debemos los profesionales del deporte. Estoy en camino de descubrir algo sensacional. Atentos, pues, a mi saludo. Buenas noches, señores. Buck Alton con ustedes».

CAPÍTULO VI

Los concurrentes al restorán de los barrios bajos de Oakland, regido por un ex campeón de boxeo, comían abundantemente y barato. Su conversación giraba siempre alrededor de combates, bolsas, pronósticos y anécdotas.

Las discusiones eran frecuentes, pero las riñas eran pronto calmadas por el dueño y sus dos camareros, que a más del sueldo como tales, sacaban allí con el trabajo suplementario un entrenamiento completo.

Eran gente sin complicaciones, ruda pero sin maldad. Y coincidían en opinar que los hermanos Gardiner que entre sí se adoraban y eran inseparables, formaban una pareja de irlandeses de frente estrecha, carácter violento y difíciles de tratar.

Tim Gardiner pesaba ochenta kilos, y tenía retirada la licencia para actuar en veladas, debido a que cierta vez, al terminar el combate, estimando que los jueces y el árbitro habían emitido un fallo injusto, la emprendió a puñetazos con ellos. Pasó un mes en la cárcel, y si alguien mencionaba árbitros o jueces, Tim Gardiner cerraba los puños, y agachaba la cabeza como un búfalo que se dispone a embestir.

Lenny Gardiner pesaba noventa y un kilos, y hubiera sido un magnífico peso pesado de no gustarle tanto la cerveza agria y el trasnochar. Le fue retirada la licencia, y pasó también un mes en la cárcel de Oakland, porque la noche del fallo injusto, subió al «ring» para ayudar a su hermano.

Cuando alguien comentaba el incidente, podía hacerlo si primero pagaba dos medios litros de cerveza agria a los dos hermanos irlandeses.

—Os dejasteis arrebatar por la sangre, muchachos —decía el que

invitaba.

—Fue una injusticia espantosa —replicaba siempre Lenny—. Mi hermano había ganado ocho asaltos limpiamente, y los otros dos fueron nulos. Y al sonar el gong final, el otro no sabía ni dónde estaba su rincón. ¡Una injusticia!

—Pero dejasteis fuera de combate al árbitro y a dos jueces.

—La lástima fue que no los matásemos, ¿verdad, Tim?

A lo que Tim Gardiner aprobaba gravemente, con remordimiento porque seguían con vida los culpables de la «injusticia».

Aquella noche esperaban la hora de la cena, jugando al dominó, solos. Y como siempre, surgía la disputa:

—¡Tú, animal! He puesto un seis. ¡Quita ése, cinco, animal!

—Este cinco es un seis. Lo que pasa es que está sucio, bestia.

—¡Es un cinco, marrano!

—Te digo que es un seis, aquí y en Pekín. ¡Un seis, ballena!

—Hace tiempo que me estás buscando, bestia. Y no me acerques así los hocicos, si no quieres leña.

—El leñazo te lo estás buscando tú.

—Paz entre los hermanos de buena voluntad —dijo alguien, cogiendo una silla y sentándose a un lado de la mesa.

Los dos Gardiner, gozosos, dejaron de mirarse con asesinas intenciones, para acoger con agrado al que iba a pagar sus eternos deseos de pelea.

Lenny Gardiner abrió los ojillos, bajo las peludas cejas. Tim Gardiner frunció el entrecejo.

—¡Agua! Oyó, Lenny; ¿te das cuenta?

—Sí, Tim. Es el almibarado, elegante, finísimo e intelectual Buck. Alton, el hombre que no se despeina, él hombre que los caza a la retirada. ¡Por el cielo, Tim! Haz el favor de quitar el polvo de la mesa, y pedir un vaporizador de esencia de rosas de las caras.

—¡Ay, Lenny! ¿Te parece que trae poco perfume el guapo Buck?

Buck Alton escuchaba sin sorprenderse. Se limitaba a mirar alternativamente a los dos irlandeses.

—Fuera, Buck. Éste no es sitio para ti.

—No seas grosero, Tim. No debes tratar así a un ex campeón. Has venido a punto, Buck... Hace tiempo que quería decirte que eres un «rajao». Te Jareaste después de la paliza que te dio Slim.

—He vuelto para dar palizas a quien las pida. Vosotros, por ejemplo. Aquí dentro, no. Fuera. Venga, muchachos... Después de la esquina, hay un solar muy apacible.

—Magnífico. Vamos allá.

Buck Alton, se levantó, y tras él salieron los dos hermanos. Eran las siete y media. Los escasos faroles, se distanciaban aún más en el solar abandonado, donde algunas parejas de novios bendecían la mala urbanización de aquel barrio. Lenny Gardiner se quitó la americana al llegar junto a una tapia, de la que huyeron varias parejas.

Tim Gardiner alzó la diestra.

—Me toca a mí, Lenny. Yo fui el primero en decirle a éste la verdad.

—Eso vamos a discutirlo, Tim. Pero antes, unas palabras con el elegante Buck. ¿Por qué viniste a provocar?

—Vine a proponeros cinco dólares por día y noche a cada uno. Necesito dos *sparring*, pero me temo que os vais a rajar.

—¡Tim, quieto! No arranques mientras tu hermano mayor está hablando. ¿O es que aquí se ha perdido el respeto a la edad?

—¡Ha dicho que nos rajábamos, Lenny!

Tim Gardiner embistió, pero en vez de conectar su diestra cerrada con el estómago de Buck Alton, tropezó con la masa de su hermano, el cual le propinó un rodillazo en un costado.

—He dicho atrás, Tim. ¡Atrás, condenado terco! ¿No oíste eso de cinco dólares por día y noche? Veinte litros de cerveza, cuatro latas de salchichas y toneladas de patatas fritas, café y cigarro. Vamos a ver, Buck, quién se raja.

—A las ocho cojo el «bus» de línea hacia Berkeley. Tengo alquilada la casa del Risco, y allí voy a entrenarme.

Tim Gardiner, frotándose el costado, tocó en la nuca a su hermano.

—En la casa del Pasco hay fantasmas, Lenny. Te lo digo yo.

—Si este vive allí, no hay fantasmas, Tim. Te lo digo yo.

Buck Alton volvió a abrocharse la americana, y se ajustó más la bufanda.

—No hay fantasmas, Gardiner. Pero habrá quien intente camorra, a la que sepan que estoy allí. Habrá quien desee quitarme de en medio. A las ocho yo cojo el «bus» de línea a Berkeley.

¿Peleamos aquí, o espero vuestra visita?

Lenny Gardiner volvió a enfundarse la americana de lana. Gruñó:

—Lo que a ti no te asuste, no va a asustarnos a nosotros. ¿Pagas el «bus»?

—Éstos son diez dólares. La paga de hoy. Os los doy, porque desde el momento que sigáis mis pasos, os podéis considerar dos cadáveres ambulantes.

—Tú quieres asustarnos, pero a los Gardiner, por cinco dólares diarios y nocturnos, no les mete miedo nada. He dicho, y lo mismo dice mi hermano. Andando, Tim.

—Yo, Lenny, voy donde va el más pintado. Pero hay que aclarar un punto. Digo yo, y digo bien, que para algo lo digo: ¿hay un «rack» de por medio, Buck?

—Sí. Seis tíos de los que sólo conozco uno, me obligaron a perder con Slim mi segundo combate, y a marcharme. Tuve miedo, un miedo espantoso. Me dieron una paliza de las que nunca se olvidan. Cinco iban enmascarados. Y he vuelto para saber quiénes son estos cinco... ¡y los he de ver arrastrándose a mis pies!

—Si no has ido a la policía, es que vales más de lo que creías. ¿Oíste, Tim? Confiesa que tuvo mucho miedo. Y nuestro viejo decía que el hombre que sabe reconocer que tuvo miedo, es un valiente.

—Sí que lo decía el viejo. Pero yo lo que digo, Buck, es algo muy claro. ¿Si tuviste tanto miedo entonces, cómo es que ahora te comes crudos hasta a los fantasmas del Risco?

Habían abandonado el solar, y estaban en la calle cerca de un farol. Buck Alton cosió la diestra de Tim Gardiner, que, receloso, amagó un gancho con la zurda.

La aplicó sobre su estómago, arriba.

—Percibirás un bulto pequeño, casi gracioso, Tim. Me lo produjo uno de los latigazos que allá me dieron. Y un médico de los buenos, dijo algo muy sencillo. Esto es un tumor con cáncer. Vivirá dos meses o seis. Ni menos ni más. ¿Qué...? ¿No os reís?

Lenny Gardiner encogió el cuello, tosió, y gruñó:

—Escucha campeón. Retiramos lo que dijimos. Un tipo que sabe reírse cuando... está a punto de «palmar»... ¿No, tú, qué dices?

—Bueno, si vas mal de cuartos, Buck, con tal de que tengamos cerveza y salchichas, adelante. Eran seis, ¿no? Y uno lo conoces,

¿no?

—Danny Kiler.

—¡Agua! ¿Oíste Tim? Danny Kiler... El matón de los «rack».

—Fue el que manejó el látigo, pera igual me habría dado cerveza, si así se lo hubieran ordenado los otros cinco. Son las ocho menos cinco, Gardiner. Tenemos que dar una carrerilla para coger el «bus».

Codo a codo, corriendo elásticamente pese a su corpulencia, tras Buck Alton, caladas las jorras, los dos irlandeses, al divisar la plaza donde estaban los autocares que en distintas direcciones salían cada media hora, resoplaron, y Lenny comentó:

—Una injusticia como la que tú sufriste, Tim.

—Casi peor, Lenny. ¿No oíste lo que dijo? Es un cadáver ambulante. ¡Por San Patricio! No doy un centavo por la piel de Kiler. Pero oye, Lenny: ¿y eso de los fantasmas del Risco?

—No hay fantasmas...

—El viejo nuestro decía...

—¡Pero eso era en Europa! Aquí no hay fantasmas; esto te lo digo yo, y basta.

En el autocar, los dos se sentaron Iras el asiento ocupado por Buck Alton. No hablaron durante todo el trayecto. Al descender, el viento agitaba las copas de los pinos en el sendero que conducía hacia el tétrico caserón.

Tim Gardiner cogió por el codo a su hermano mayor:

—Lo que yo digo, Lenny, es que por las noches no hay entreno. Vendremos de día, Lenny.

—Si te rajas, borrado quedas del árbol de los Gardiner. ¡Ay, Dios, un fantasma!

En su blanco traje de dril, Ling surgía de los setos, en silencio. Los dos Gardiner convulsos, formaban un solo cuerpo...

—Mi manager Ling —presentó Alton—. La linterna la lleva porque la casa no tiene luz eléctrica.

La espiración que ambos dejaron escapar sonó ruidosa. Lenny Gardiner dio un manotazo en la nuca de su hermano, gruñendo:

—Como vuelvas a, hablar de fantasmas, te rompo los hocicos.

En el vestíbulo iluminado por tres linternas, Ling cerró la puerta. Buck Alton señaló la cocina.

—Es el sitio más agradable de la casa. Salchichas y cerveza para

mis dos entrenadores, Ling. Son los hermanos Gardiner, gente valiente. Os turnáis cada cuatro horas, para vigilar el sendero y la explanada. Es el único camino por el que pueden venir visitas.

Subió arriba Alton. Abrió la puerta, y casi tanteando llegó al candelabro, cuyas cinco rejas fue encendiendo.

Postrada en el suelo, las dos manos presas en el regazo, Giny Diamonds alzó la cabeza...

—Buck, déjame marcharme de aquí. Por lo que más quieras. Buck... ¡me volveré loca! El chino vino a verme dos veces. Traía emparedados y cerveza. Le dije de todo, y él nada... no hablaba, pero me miraba... ¡tengo miedo, Buck! Haré lo que quieras, seré tu esclava... ¡pero!

—Dime un solo nombre, Giny. Uno solo de los cinco enmascarados.

—Después... ellos me matarían.

—No, porque antes los cogeré yo. Y cuando termine con ellos, irás adonde quieras, Giny.

Agitó ella la cabeza, poniéndose en pie lentamente. Sus labios tenían leves rozaduras. Había intentado inútilmente morder las muñequeras.

Se acercó a Buck cuanto le permitía la longitud de las sogas, que quedaron tirantes del techo. Se apoyó, brazos en alto contra Buck Alton. Trató de sonreír prometedora.

—Buck, tú me quisiste... Podemos aún ser felices...

Buck Alton rió agriamente, y sus dos manos apartaron los brazos que ella torpemente, trataba de colocar alrededor de su cuello.

—Lo mismo que te deseé, con la misma fuerza de entonces, te desprecio ahora, Giny. Más que odio, es asco. Pero no tiembles, que no he de matarte. Probarás el látigo si persistes en callar. Dime un solo nombre, dime tan sólo quién era uno de los cinco enmascarados. Por él, ya averiguaré los otros.

Giny Diamonds volvió a retroceder, y sentándose, inclinó la cabeza sobre el pecho.

—No sé nada, Buck.

—Voy a irme, y subirá Ling. Soy tan imbécil que no sirvo para empuñar el látigo, Giny. Podría estrangularte, pero soy incapaz de azotarte, Ling...

—¡No, Buck, que no venga, que no venga!...

—Habla.

Giny Diamond sollozó:

—Yo no conozco a cuatro de los enmascarados. Sólo conocía a uno. Sólo a uno.

—Me basta. ¿Quién es?

—Me matarán. Buck.

—Puedes estar segura de que no tendrán tiempo.

—Fue él, quien me dijo que Dany Kiler y yo te lleváramos a mi casa. Fue solo entonces cuando vi a los cinco. Uno de ellos era él...

—¿Quién?

—Slim York.

Buck Alton apagó las velas. Ella gritó:

—¡Quítame esto, Buck!...

La puerta se cerró. Buck Alton subió al mirador. Nunca hubiese creído que Slim York fuera capaz de aquella moldad, impropia de un deportista. Y crispó los puños, deseando anhelosamente que llegase la noche del combate. Su redactor tenía la firma suya para actuar como apoderado. Slim York firmaría... para verle.

Una hora después, bajaba a la cocina. Confortados con la cerveza y las salchichas, los hermanos Gardiner iban acostumbrándose a la aventura.

—Ling, súbele cena a la invitada.

Ling tenía ya dispuesta la bandeja con emparedados y cerveza. Abandonó la cocina.

—Hombre, Buck, me meto en intimidades, pero si quieres estar en forma, nada de mujeres.

—No es una mujer. Es otro Cadáver ambulante. ¿Os dio Ling las herramientas?

Lenny Gardiner hizo lo mismo que su hermano. Se palpó el cinto.

—Si los que vienen, queman pólvora, la ley nos asiste, replicando con pólvora. Estamos contigo, Buck... ¡por ésas!

Y ambos se besaron el pulgar y el índice en cruz.

El amanecer frío y nuboso, fue acogido con agrado por los dos Gardiner. Por entre los pinares corrieron en *«footing»*, antes del desayuno. Al mediodía, tras los ejercicios gimnásticos, Buck Alton calzó los guantes de entrenamiento.

Y los hermanos Gardiner comprobaron que el antiguo

«contrista», poseía una nueva contundencia que duplicaba su valía científica. Atacaba intensamente, martilleando y bloqueando con efectividad.

Tres días y tres noches sin ninguna novedad. Ling llevaba las comidas a la postrada Giny Diamonds.

Buck Alton se entrenaba con feroz ahínco. En el saco veía reflejarse a Slim York... y sus rechazos pasmaban a los Gardiner.

El viernes, Ling regresó de sus compras. Traía una carta del redactor Alistair.

«Buck: Como propaganda está bien que te escondas, pero yo soy un amigo, y Ling no quiere decirme dónde estás. Slim York está ansioso de darte una paliza. Ha firmado. Mañana sábado, a las once, tienes que ir al pesaje. Estará Slim, y firmaréis el duplicado. Por la noche os veréis de nuevo en el ring del “Palace” de Berkeley. Un individuo llamado Kiler ha estado preguntando por todos los sitios tu domicilio. Nadie lo sabe. Eres genial, Buck. Has logrado que mañana por la noche estén agotadas todas las entradas. Te veré en el pesaje».

CAPÍTULO VII

La región más próspera de California, es la que se extiende alrededor de la inmensa bahía de San Francisco, uno de los más grandes puertos naturales del mundo.

Después de la ciudad de San Francisco situada a la entrada de la Bahía, las dos ciudades de Oakland y Berkeley, son las que rivalizan en importancia, erigidas en la ribera Oriental, y también puertos fluviales del Sacramento.

En Berkeley, el «Palace» tenía aquella mañana de octubre, varios coches aparcados en los jardines de la plaza a su frente.

Federativos y periodistas, asistían al pesaje de cuantos púgiles iban a intervenir aquella noche en la velada, en cuyo último combate Slim York daba la revancha a Buck Alton.

Pies desnudos, vestido solo con un breve calzón de seda, Slim York estaba nervioso, pese a que de vez en cuando su nuevo manager Richard Forest le incitaba a sonreír.

—¡Ahí viene el escondido misterioso! —exclamó un reportero gráfico.

Buck Alton llegaba a la sala de pesaje. Le seguían los dos hermanos Gardiner.

Cosió trabajo que pudiera entrar en el vestuario, del que a poco salió, pies desnudos con calzón.

Estallaron los fogonazos de magnesio, mientras Buck Alton llegaba junto a la báscula, y Slim York, pálido, trataba de sonreír.

—Caro te vendes, Buck —dijo Slim York—. Retar desde un periódico, es más fácil que aguantarme cuatro asaltos en el «ring».

—¡Buck! ¿No conoces ya a tus amigos? —exclamaba Forest, palmoteando los macizos hombros de Alton.

—¡York! Al peso —invitó un federativo.

En la báscula, Slim York parecía estar imposibilitado para apartar sus ojos de los de Buck Alton. Un reportero rió:

—Oigan, oigan... ¡Los dos campeones se están devorando con la vista! ¡Va una pregunta, Slim! Hace tiempo, Buck Alton iba tras la desaparecida Giny. Tú se la birlaste, según se rumorea. ¡Di en la diana, compadres! Fijaos como al mencionar a Eva, los dos Adanes huelen a salvaje rivalidad. ¡Esta noche se van a dar de lo lindo!... ¿Dónde te alojas, Buck?

—Aquí mismo. Tengo la costumbre de dormir el día del combate. ¿No es cierto, Dick?

—¡Ochenta y uno, doscientos veinte! —cantó el pesador.

—¡Usted, Alton, al peso!

Al descender de la báscula, Slim York se rozó con Alton. Murmuró:

—¿Viniste por más piña, relamido?

La diestra de Alton se hundió en el estómago de York, quien se inclinó hacia delante.

Intervinieron los federativos, Richard Forest y los hermanos Gardiner.

Casi a rastras, apartaron al furioso York, que gritaba:

—¡Te lo cobraré con creces, cobardea!

—Ráscate si te pica. Cien como éstos te daré, y al hospital...

Un federativo atajó severamente a Alton:

—Es impropio de usted, Alton, este acto.

—No tenía por qué insultarme —replicó Alton, subiendo a la báscula.

—¡Dinamita! —gritó un periodista—. ¡Buck Alton, agresivo! Ha perdido su elegante serenidad...

—O sabe preparar la buena propaganda —dijo otro.

—¡Ochenta, ciento diez! —anunció el pesador.

Slim York, a duras penas, era llevado al vestuario. Antes de cruzar la puerta empujado por Forest y un federativo, gritó:

—¡Irás al hospital esta noche, llorón!

Buck Alton, palideció. Ya no cabía dudas. «Llorón»... Debió ser testigo de su lastimera actitud de aquella noche.

Los periodistas le interrogaron.

—No. Nada tengo que decir. Si queréis, podéis afirmar que de «gong» a «gong» haré trizas a Slim.

Se marcharon los reporteros. En el vestuario, fue Alton a tenderse sobre la mesa de masaje. Los dos Gardiner se sentaron en un banquillo.

Un federativo asomó la cabeza:

—Un visitante, Alton.

—No es preciso que esté presente —dijo el recién llegado. Y cerró la puerta, entrando.

Era hombre maduro, de mirada inquisitiva. Vestía elegantemente. Buck Alton se incorporó en la mesa, quedando sentado en ella.

—Presencí la escena, Alton. Hay un odio africano entre York y usted. ¿A causa de Giny?

—Éstos son mis *sparrings*, los hermanos Gardiner Tim y Lenny. Yo soy Buck Alton. ¿Y usted, quién es?

—Mi nombre nada le dirá. Me llamo Harry Parker. Inspector del F. B. I.

Llevo el caso del atraco perpetrado por los cinco viejos de carnaval, que ocurrió como sabe en el “Golden Gate”, de Prisco, en una velada.

—Ya. Lo leí.

—Me interesaron sus artículos, Alton. Son peligrosos.

—¿Para quién?

—Para usted exclusivamente. Si es propaganda, alguien puede entablar una querella, por difamación.

—No señalo a nadie.

—Sí, es cierto, y si existe una organización delictiva incrustada en estos campeonatos de los Estados, usted tiene la obligación de participarlo a la policía metropolitana o federal.

—Cuando sepa algo, ge lo comunicaré, inspector.

—He estudiado su caso, recogiendo de aquí y allá rumores. Queda sentado que usted, a raíz de su segundo combate con York, desapareció como si la tierra se lo hubiera tragado. Ahora reaparece, pero nadie, sabe dónde se aloja, como si temiera un ataque. Usted sospecha de alguien, y es su obligación decírmelo.

—Sospecho de todos en general y de nadie en particular. Descuide, inspector, que tan pronto sepa algo, se lo haré saber.

—El inconveniente es que usted es también periodista, y tal vez quiera reservarse un reportaje sensacional. Dígame: ¿qué sabe usted

de Giny Diamonds?

—¿La «Roca de pasión»? ¿El deleite nocturno del «Dorado»?

—Hace cuatro días con sus noches que ha desaparecido de Oakland.

—Tienen neurastenia estas vampiresas. Habrá ido a tomar yodo y reposo en cualquier playa del Sur.

—Del «Dorado» salió en compañía de alguien cuya descripción se parece mucho a la de usted. Al día siguiente, se encontró su coche abandonado. Y no hay noticias de ella.

—Regístreme, inspector.

—A eso vengo, aunque esté usted desnudo. ¿Dónde se aloja, Alton?

—Me lo reservo. No hay ley que me obligue a revelar mi campo de entrenamiento. Tengo inscrito como domicilio oficial...

—Ya lo conozco. Lleva usted un juego raro, Alton. No me gusta. En vez de favorecer el esclarecimiento de determinados hechos por usted mismo delatados, parece encubrir. Bien... Esperaré aquí.

—¿Qué espera usted aquí?

—Dos de mis hombres han ido a la Casa del Risco. Me interesa usted mucho, Alton. Me costó dos días de averiguaciones, pero al fin dimos esta mañana con la agencia que le alquiló por un trimestre la casa del Risco.

Fuera ya el inspector, rasgó Alton el sobre. Leyó:

«Harriet Harding (¿me recuerdas?) te desea suerte, Buck. Esta noche ocuparé la silla 12 de la fila primera. Afectuosamente».

Por unos instantes, Buck Alton, sonrió, recordando, a la lozana y sencilla millonaria granjera de Bonner.

Después enlazó los hombros de Ling, aproximando sus labios al oído del oriental:

—¿Qué juego de manos hubo, hermano?

—Me tomé la libertad, puesto que el señor ya no quería visitar a la mala serpiente, de cambiarla de alojamiento. En el acantilado, hay numerosas grietas difíciles de encontrar. En una de ellas, provista de manta, até a la mala serpiente. Cuando esta mañana vi a

los dos agentes, los adiviné. Tienen algo especial. Parecen pistoleros, pero seguros de sí mismos, sin recelo, porque defienden la causa buena. Me bastó cambiar las muñequeras por dos extensores de suspensión, a modo de anillas. Y escondí el látigo dentro del saco de entrenamiento.

—Ling, eres un soberbio conspirador. Voy a dormir. A las cuatro, comeré.

—Hay algo más, señor. Me permití solicitar a los hermanos Gardiner, una descripción de Dany Kiler. Y ahora sé que está al volante de un coche en el jardín, frente al local.

—Bien. Esta noche, al terminar el combate, seguramente deseará saber dónde residio. Todo va bien, Ling. Hasta las cuatro.

* * *

Richard Forest entró en el coche, acompañado de Slim York.

—No saldrá hasta después del combate, Dany. Y ha ido a visitarle uno del

F. B. I.

No dirá nada, pero es imposible liquidarlo hasta después del combate. Vamos al campo.

—Esta noche lo mato a puñetazos —dijo, sordamente, Slim York.

—Procura ganarle, y deja el resto a Kiler.

—El sabe dónde está Giny.

—Ya lo dirá, ¿verdad, Kiler? No tendrá tantas agallas, cuando esté a solas con Dany. Hoy presumió, porque con tanta gente alrededor, no corría peligro.

Dany Kiler, al volante, manifestó:

—Esta noche terminaré con él. Tú no pierdas la calma, Slim. Has de ganar... Ya lo sabes. Has de ganar... si no, lo vas a pasar mal.

Richard Forest asintió a lo que decía Kiler, conduciendo.

—Ganarás, Slim. Si él te pone en apuros, recuerda lo convenido. En el descanso, al apretar la esponja sobre ti, coloca los guantes encima del estómago. Pondré «lastic», que al secar al instante, pondrán como la piedra el cuero del guante. En el izquierdo.

—¿Por qué no en las vendas?

—¿Tienes miedo, Slim? No puedo ponerte la goma «lastic» en las

vendas, porque en frío se notaría el olor, al revisarte las manos el árbitro. No te apures, Slim. Ganarás.

—Más preferiría que lo hubieseis liquidado antes. Tuvo una manera de mirarme... ¡Debe saber que yo fui uno de los que...!

—Calla, Slim. Estás portándote como un cobarde.

—Es que esto acaba con los nervios de uno. Primero desaparece Giny, y se lleva Alton las muñequeras, y nos amenaza. No va a la policía, no. Quiere hacerlo él...

—¡Dale un tortazo, Dick! —gritó Dany Kiler, furioso—. Se está poniendo histérico. ¡Calla ya, campeón, o vas a terminar mal! En este asunto hay millones si ninguno pierde los nervios, y tú vigílate. El principal amenazado soy yo, puesto que Alton, me vio claramente. Dale bromuro a este cobarde, o tendré yo que darle a probar el látigo.

Slim York, en silencio, tragó repetidamente Después, dijo:

—Tienes razón, Kiler. Fueron los nervios. Ya no pasará más... Pero ¡esta noche acaba con los restos de Alton, después de que yo le haga papilla!

* * *

Buck Alton se contempló al espejo del vestuario. En la sala del «Palace» estaba verificándose el combate penúltimo. Hasta entonces no había salido del vestuario.

Los dos Gardiner con jersey y pantalón gris, preparaban el cubo, la esponja, la toalla, el protector de dientes, el coloidal contra hemorragias, y el frasco de vinagre.

—El vinagre es lo mejor, Tim. Digas lo que digas.

—Sabe a... vinagre, Lenny.

—Pero un buche, y resucita uno... Bueno, perdona, Buck, por eso de resucitar. ¡Ese animal siempre llevándome la contraria! —Y asestó Lenny un toallazo a su hermano.

Buck Alton trataba de encontrar en vano, las huellas de la muerte que llevaba dentro. El espejo reproducía un atleta de rostro endurecido, vestido con batín azul, de cuello granate y tela esponjosa, y calzado con flexibles zapatillas tobilleras y calcetín de lana granate, del mismo color que su calzón.

Un sordo clamor les llegó de la vasta sala. Unos minutos

después, varios cuidadores llevaban en brazos a un inanimado púgil con el rostro sanguinolento, conmocionado.

Ling, que había denegado el asistir a Alton en su rincón, dio por razón, su particular opinión de que el boxeo era una brutalidad primitiva, que en el «salvaje». Oriente era considerado muestra de la decadencia de Occidente.

—¡Al «ring», Alton! —llamó alguien.

Seguido por los Gardiner, atravesó Alton el corredor hasta llegar a la entrada que entre palcos daba acceso a la pista. Había alrededor de veinte mil espectadores, y empezaron las inevitables pullas:

—¡Duro, periodista! Pero Slim no emplea plumas, sino guantazos.

—A ver eso de dar la cara, Buck...

Lo de siempre, pero con una diferencia. El combate tendría un encarnizamiento nada deportivo, aunque todos los del público lo ignoraban.

Saltó al «ring», atravesando las cuerdas. Alzó las dos manos, giró sobre sí mismo, y se dirigió al rincón que le indicaban los jueces.

Los aplausos no habían sido muy cordiales. El público prefería púgiles combativos con ferocidad, como Slim York.

Se sentó en su taburete, esperando los trámites de sorteo de guantes, y colocación de vendajes a la vista del público, todo lo cual empezaría tan pronto llegase Slim York.

Y de pronto, Buck Alton sonrió con íntimo afecto. Harriet Harding, en la silla 12 de la primera fila, a su derecha, vestía un sastre gris y se tocaba los sedosos cabellos con un sombrerito que era casi un casquete, en la coronilla, formado por blancas flores artificiales.

Erguida, no había la menor frivolidad en su aspecto, y sin embargo, era toda feminidad. Sus azules ojos sonrieron a Buck Alton.

El vociferante y dinámico presentador, asido al micrófono, agitó el brazo derecho con énfasis, clamando:

—¡Sube al *ring*, a mi derecha, el campeón de Berkeley y Oakland! ¡Sube al cuadrilátero...! ¡Slim York, el Martillo Pilón! ¡Slim York!

Una tempestad de silbidos acogió cordialmente al campeón, que

sin mirar a Buck Alton, saludó repetidamente, yendo a su rincón.

El árbitro, impecable de blancura, estrechó la diestra de Alton:

—¿Quién llevas de segundo, Buck?

—Lenny Gardiner. Ya sé, no puede subir al «ring», ni falta que hace. Me darán aire y soba desde fuera de cuerdas.

En pie, Buck empezó a vendarse las manos, dando la espalda a la otra esquina. Por lo bajo, susurró Lenny Gardiner, al pie de la escalerita:

—Tú, con el ojo encima de Dick Forest. Le va mucho en este combate, y podría intentar suciedades. Darle vaselina en la cara, rajar un guante, en fin, ojo. Hemos de darle la gran tunda a Slim.

En el sorteo eligió Richard Forest, que tendió a Alton el otro par de guantes. Con el batín sobre los hombros, colocados ya los guantes con la ayuda de Lenny Gardiner, se aproximó al centro del «ring», donde bajo el foco esperaban el árbitro, York y Forest.

Estalló el magnesio de varias cámaras. Buck Alton se golpeaba entre sí los guantes. El árbitro señaló de nuevo los rincones donde ambos dejaron sus balines, y regresaron. Slim York miraba la lona.

Entre los dos, colocando sus manos sobre las nuca, habló el árbitro:

—Sin nervios. Está la cosa caldeada, y no quiero descalificar. Cuando grite «¡break!», de inmediato os separáis. Lo demás, os lo sabéis de memoria. Y sobre todo, limpieza y atentos a mi voz.

Buck Alton giró sobre sus tacones, yendo a su rincón. Con los pies en la tarimilla de talco, frotó, mirando a Harriet Harding, mientras en la boca le colocaba Lenny el protector de caucho.

Harriet Harding no hizo más que un gesto. Crispado el puño derecho, fruncidas las cejas, amagó un duro gancho, que sobresaltó a su vecino de butaca, temiendo los arrechuchos de una histérica.

Dick Forest susurraba al oído de Slim York, dándole suave masaje en el estómago:

—Recuerda, Slim. Primer asalto de tanteo. Déjalo a ver si es cierto que ataca. Y ya sabes... ni simules el «K. O.», ni pretendas abandonar, si las cosas van mal. Tú ganarás...

—¡Segundos fuera! —hablaron los altavoces.

Reinó repentino silencio en la vasta sala. El gong emitió su agudo tintineo, anunciando el principio del combate.

Por la galería alta paseaban agentes del

F. B. I.

en previsión de otra posible aparición en las cajas de los cinco misteriosos «ancianos».

Girando a la vez que soltaban las cuerdas, Slim York y Buck Alton con los guantes tendidos llegaron al centro, donde el árbitro, con el brazo horizontal, saltó atrás apenas los cuatro guantes se rozaron.

La postura de los púgiles era la peculiar de inicio de combate. Con la guardia clásica de cada uno: Slim York, moviendo ante su propio rostro los dos puños, hundida la barbilla en el pecho, pegados los codos a los flancos; Buck Alton tenso el brazo izquierdo, doblado el derecho. Pero algo impalpable, sólo perceptible por Richard Forest y los dos Gardiner, creaba entre los dos boxeadores un dramático lazo de unión.

Restalló seco el guantazo de York contra un costado de Alton. El primer golpe, que evocó un rumor de latigazo en la mente de Alton.

Los párpados entrecerrados de ambos, mostraban sólo como por una rendija la mirada de odio en uno, de incipiente temor nervioso en el otro.

Y súbitamente, al parecer abandonando táctica y su habitual estilo, se desencadenó la furia ofensiva de Alton, que abriendo la guardia lanzó «swings» y ganchos en rapidez de meteoro.

Slim York se cubrió diestramente, acudiendo al cuerpo a cuerpo. Alton pegó dos directos, apartándole y adelantó el rostro en oferta que York quiso aprovechar para asestar un gancho de abajo arriba, hacia la mandíbula.

Esquivó Alton y llegó lo que deseaba, al descubrir York su costado derecho, donde con fuerza se hundió el puño de Alton, que a la vez aplicaba un corto «jab» a la sien.

Se tambaleó sorprendido, encajando, Slim York. Sonaron silbidos de entusiasmo, al ver que cumplía lo prometido el que de «contrista» pasaba a atacar como un novato.

Sonó el gong, cuando ambos estaban enzarzados en un embarullado cuerpo a cuerpo. El empujón con que se separó Buck Alton, tenía algo de despreciativo.

Lenny Gardiner roció con la esponja el rostro de Alton, quitándole el protector.

—Te ha cogido miedo, Buck.

Tim Gardiner al otro lado, por fuera de las cuerdas, daba masaje al estómago del que, en pie, respiraba hondo.

—Sien y corazón, corazón y sien, eso digo yo, Buck —aconsejó Tim.

—Esto le busco —replicó Alton, con salvajismo concentrado.

Veía el humo, los cientos de espectadores de sillas de «ring», gente con vida, con porvenir, con proyectos, y él, con dos meses seguros de existencia por culpa, entre oíros, del que estaba en la otra esquina en aquel cuadro de madera, lona y cuerdas, bajo un potente foco.

Al sonar el gong anunciando el segundo asalto, Buck Alton salió de su esquina con un ímpetu que para los asistentes significaba entusiasmo y ganas de hacerse con «público».

Slim York se dispuso a replicar en el mismo terreno, y durante medio minuto, ambos en el centro del «ring», pegaron en todos sentidos, sin ceder un paso.

Un «upper-cut» de York dio de lleno en el abultamiento que la radiografía reveló tumor. Un agudo silbido zumbó en los oídos de Alton, que por un instante, bajó la guardia.

Slim York arreció, con salvaje euforia íntima Buck Alton se dobló hacia delante, y en vaivén de impulso, conectó un doble «swing», que remató con otro uno-dos

, zarandeando a York...

Cuatro golpes precisos, en las sienes y en el corazón, repetidamente. Como dos émbolos bien engrasados, los brazos de Alton golpearon intensamente, a velocidad de vértigo, el estómago de York.

En pie, los de sillas de «ring», vociferaban presintiendo el derrumbamiento de uno de los dos, en aquel intercambio sin aparente técnica, que casi semejaba una riña callejera entre dos enemigos.

Un gancho en plena barbilla proyectó hacia arriba a Alton, pero sus dos puños en martilleo chocaron con los lados el cuello de York, el cual abrió la boca como un pez fuera del agua, revulsos los ojos.

Buck Alton sangró por la comisura de los labios, mientras como un leñador que abate un tronco fue bajando los puños, ante Slim York, que iba arrodillándose...

—¡«Break»! —gritó el árbitro, interponiéndose y señalando a Alton su esquina.

En el suelo, Slim York respiraba afanosamente, apoyando un guante en la lona, arrodillado.

—¡... Siete...!... ¡Ocho!...

Slim York se levantó atendiendo a la señal de Richard Forest. No se cubrió, sino que ladeándose, presentó los dos puños. En acometida huracanada, Buck Alton golpeaba en todos sentidos, sin atender a su protección...

Sonó el gong, y una salva de aplausos unánimes aprobó el «entusiasmo» del habitualmente frío Buck Alton.

En su rincón, desjarretado en la silla, Slim York tartajeó:

—Me busca las sienes y el corazón, Dick. Ya sabes... No quiere noquearme, sino... matarme... Expone, pero esquivas... Yo abandono, Dick...

—Ya sabes a lo que te expones si abandonas; Dany Kiler te prometió un mal rato. No te amilanes, Slim, que lo puedes cazar. Tú pegas.

—Él no quiere noquearme, sino asesinarme poco a poco.

—No seas imbécil, Slim. Dale mecha ahora, y si no lo tumbas, en el próximo...

—¡Segundos fuera!

En pie, Slim York, hinchados los bordes de las cejas junto a las sienes, estaba acobardado. El sabía que Buck Alton estaba buscando el conmocionarle peligrosamente, con golpes a la carótida. Y no podía simular un «K. O.».

Salíó con coraje de desesperación. Tenía la impresión de estar ante una máquina, que para los espectadores podía ser un boxeador entusiasta, «dando la cara y jugándose todo», a lo fajador...

Pero Richard Forest, los Gardiner, y el árbitro, se daban perfecta cuenta de que bajo aquella apariencia de ímpetu e impulso, Buck Alton no abandonaba su científica habilidad.

El tercer asalto fue seguido en pie por todos porque los puñetazos de Slim York, batiéndose desesperadamente, producían aparatosos efectos en el rostro de Buck Alton.

Pero como dijo muy bien al día siguiente un crítico deportivo:

«Alton, sin cuidarse del físico, como si tuviera el

convencimiento de que ni un verdadero martillo pilón pudiera derribarle, conectaba golpes secos, precisos, poco espectaculares, pero que iban minando vitalmente los resortes de York. Éste no sangraba, y casi tenía intacta su anatomía, aparte la fea hinchazón parduzca de las sienes. Pude contar los relampagueantes jabs y ganchos de Alton. Doce seguidos, que se estrellaron alternativamente en el corazón y en las sienes de Slim York. Le dije a mi vecino de butaca que Slim York estaba ya “groggy” a medio asalto tercero. Y lo que es peor: que estaba al borde de la conmoción cerebral. Pero no podía adivinar que interiormente se había presentado la hemorragia. Cuando fallando veinte segundos para terminar el asalto, cayó York de bruces; a plomo, inerte, blanco el rostro como la leche, y en su esquina, Alton cubierto el rostro y el pecho con su propia sangre, ni se dignó mirar al suelo, por vez primera pensé que el boxeo era tal vez un deporte bestial. Pero es que el modo con que Buck Alton dejó fuera de combate a Slim York, si bien espectacular y valiente, me hizo el efecto de un arte científico de matar lentamente a su contrincante».

La caída de Slim York tuvo un dramatismo perceptible hasta para el más profano. El árbitro contó los diez segundos.

Richard Forest y otro ayudante saltaron al «ring», recogiendo al desmadejado vencido, llevándole a rastras a su rincón.

Hubo aplausos para el vencedor, pero aplausos contenidos. Un médico, en el cuadrilátero, auscultaba a York, al que Forest le prodigaba la respiración artificial.

Abandonó Alton el «ring», seguido por los Gardiner. Al paso entre los espectadores, sonaron comentarios nerviosos:

—¡Has estado brutal, Buck!

—¡Diste bien la cara, Alton!

—¿Cobras un tanto por ciento del hospital, campeón?

En el vestuario, bajo la ducha, Buck Alton se palpaba el rostro tumefacto.

Entró un periodista, block en ristre, pluma al aire.

—Buck...

Por encima del tabique de cristal, cerrando el chorro, Buck Alton miró con cansancio al reportero.

—Un poco más y te lo cargas, Buck. Es el deporte con todos sus riesgos. El médico dice que Slim no volverá nunca más a boxear. Tiene para un mes de clínica como mínimo. Conmoción cerebral, y no sé qué de vasos sanguíneos destrozados. ¿Qué dices, Buck?

—Cumplí, y Slim pegó lo suyo. La prueba aquí la tienes.

Cubierto con esponjoso albornoz, salió Alton de la ducha, señalándose la hinchada cara. En la puerta, un doble estallido de magnesio tomó gráfica prueba de que «Buck Alton daba la cara».

Se tendió sobre la mesa, y los dos Gardiner atendieron a «reparar» las huellas de los puños de York. Coloidal, tafetán líquido, carne cruda, fueron cubriendo los rasgos faciales de Alton. Tim Gardiner daba masaje, mientras Lenny cambiaba las lonchas de sangrienta carne que iban absorbiendo las hinchazones.

Entre tanto, una ambulancia depositaba en una Clínica de Urgencia al ex campeón...

CAPÍTULO VIII

Dany Kiler, al ver caer conmocionado a Slim York, abandonó el local, y en la salida, se detuvo para encender un cigarrillo, a un lado de la puerta principal.

Se detuvo allí porque acababa de ver al criado chino de Buck Alton, que a corta distancia estaba conversando en su inglés gramatical con otro oriental.

—... y me honrarías aceptando una taza de té en mi humilde hogar, hermano Ling.

—Me envanece tu amable condescendencia, hermano Tseng, pero ahora mismo debo trasladarme a la morada de mi señor, y prepararle la cena. En la negra noche sería triste acogida la que mi señor tendría en la solitaria casa.

—Alegra mi corazón, hermano Ling, aceptando te traslade en mi vetusto y sucio carromato.

—Gracias mil.

El «vetusto y sucio carromato» era un largo y último modelo «Chrisler», en el que subieron los dos orientales, al extremo del aparcamiento.

Dany Kiler corrió a su coche, que puso en marcha, emprendiendo la persecución del «Chrisler».

Ling, sobre sus rodillas, extendió una libreta cuadriculada.

—Mecido como sobre muelle alfombra de plumas de ánade, Tseng.

Tseng, al volante, arrugó la nariz, replicando:

—Ling es astuto como el zorro viejo.

—El yanqui brutal llamado Dany Kiler nos considera endebles mequetrefes.

Ling fue escribiendo:

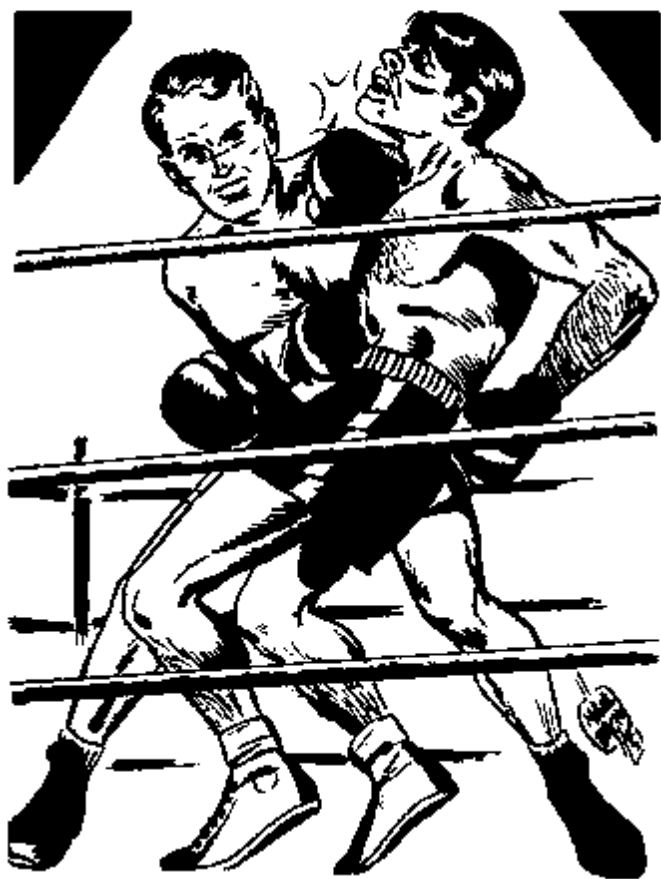
«Me tomo la libertad, señor, de atraer tras mis pasos a la casa del Risco a Dany Kiler. El señor tuvo esta noche ardua labor. El señor puede confiar en que el arte oriental de la lucha, es entre las sombras de la noche, muy superior al imprudente pugilismo. Y cuando logre demostrar la superioridad del “judo” sobre el boxeo, me permitirá colocar a Dany Kiler en la estancia del candelabro de cinco velas. Prepararé una cena ligera al señor»,

«su devoto, Ling».

—Ruego al hermano Tseng entregue con suprema velocidad esta misiva vulgar a mi señor. Déjame en la entrada del sendero.

De Berkeley a la casa del Risco, sólo había tres millas. El «Chrisler» frenó, bajó Ling, y Tseng, con un esbozo de sonrisa, dio media vuelta a su coche, cruzando treinta metros más allá el auto parado junto a la cuneta, del que se apeaba Dany Kiler, que alzando el capot fingió reparar una avería.

Poco después por el oscuro sendero, pistola en mano, Dany Kiler avanzaba. Delante, a veinte pasos, veía la menuda silueta blanca del Oriental.



Apresuró el paso con elástica carrera sobre la punta de los pies, porque la ocasión era demasiado propicia: Ling acababa de arrodillarse para atarse un lazo de los zapatos.

Asiendo la pistola por el cañón, Dany Kiler se dispuso a propinar un culatazo sobre la nuca del chino agachado.

En un salto parecido al desplazamiento del canguro, sobre las manos, Ling proyectó hacia atrás sus dos piernas, que rodearon el cuello de Kiler, efectuando una torsión.

Cayó Kiler de costado, y sintió una leve presión en su antebrazo armado. Gritó agudamente, porque sus nervios se encogieron como

si un pinchazo recorriera de su muñeca hasta el codo.

Alzó un pie, y sintió otro pinchazo en el cuello. Todo empezó a dar vueltas en derredor suyo, porque con una llave que le había valido la Cintura Negra, Ling, cogiendo una muñeca del derribado y corpulento Kiler, le obligaba a girar sobre sí mismo, haciéndole crujir los huesos del omoplato.

La pistola yacía a dos pasos, y Kiler, pese y los constantes pinchazos de dolor repentino a cada llave, trató de coger el arma. Su otro omoplato crujía...

Se llevó la mano al cinto-látigo, intentando en vano aferrar al que tan pronto a un lado, como detrás, o delante, era inapresable.

Un seco golpe tras la oreja, le aturdió. Otro más leve en la base de la nuca, le hizo cerrar los ojos llenos de lágrimas, al físico dolor. Las dos llaves siguientes no las apreció, porque sin sentido, estaba boca arriba.

Ling habló suavemente, mientras por los pies arrastraba al desvanecido Kiler:

—El refranero occidental es grosero pero apropiado a tu caso, Dany Kiler. «A todo cerdo le llega su San Martín».

* * *

Buck Alton leyó la nota escrita sobre una tarjeta de Harriet Harding:

«No me han permitido llegar hasta tu vestuario, Buck. Como supongo que esta noche necesitarás descansar, ven a desayunar conmigo, a las nueve, en el “Hotel Seabreeze”. Has vencido tu enfermedad, Buck, y tu valentía en el “ring” ha sido la mejor prueba de que ya eres plenamente un hombre sano. Hasta mañana, Buck».

«Un hombre sano»... pensó Alton, con mueca triste.

Obturadas sus abiertas cejas con coloidal y esparadrapo, deshinchados los labios y los ojos, cicatrizada la nariz en sus aletas agrietadas, se levantó de la mesa.

Lenny Gardiner abrió a una imperativa llamada. Entraron dos individuos, de la misma talla y corpulencia, aproximadamente.

Uno, rizado el negro cabello, guapo, agitó los dedos en risueño saludo.

—Hola, campeón. Creo me conoces, al menos de oído y vista. Soy Jack Dundee, de los Ángeles.

El otro, más maduro, llevaba también en el rostro la marca delatora del ex boxeador.

Más serio, casi fúnebre, avanzó:

—Hola, Alton. Me llamo Frank Langlen, y soy manager de este buen mozo. Vinimos de Los Ángeles para ver el combate. Cada estado envía dos chicos al campeonato total. Uno como suplente, en caso de accidente que incapacite al campeón Toca pues dilucidar si vas a ser tú el suplente o el efectivo. La firma para averiguarlo, cuando quieras y en Los Ángeles. York tenía firmado este combate para el sábado próximo, pero a lo mejor tú estás resentido, y quieres más tiempo.

—Me sirve la misma fecha, Langlen. Celebro conocerte, Dundee. Se estrecharon las manos. Jack Dundee manifestó:

—Slim tuvo un fallo. Aceptó el combate abierto, sin atender a sus sienes y corazón. Espero que te daré más trabajo, Alton.

—Procuraré estar a tu altura, Dundee.

Frank Langlen miró a los dos hermanos Gardiner:

—¿Son tus cuidadores?

—Sí. Hasta Los Ángeles. Me voy a casa a reponerme.

El campeón de Los Ángeles y su manager abandonaron el vestuario. Buck Alton empezó a vestirse.

Lenny Gardiner murmuró:

—No sé si estoy viendo fantasmas, Buck, pero la cordialidad de Dundee era falsa, y en cuanto a Langlen, te miraba con odio.

—Rivalidad profesional. Pueden temer que lo quite el puesto de representante a Dundee, dejándole en suplente. Abre a ver quién es.

Entró Tseng, tendiendo la hoja de libreta doblada y cosida en sus tres bordes.

—Ling saluda al señor Alton. Buenas noches.

Se fue, y Tim Gardiner gruñó:

—Un espantoso charlatán el Confucio ese.

Leyó Buck Alton, brillantes los ojos. Encendió la hojilla

aplicando la llama a un cigarrillo, y ajustándose la corbata, dijo:

—Los acontecimientos se precipitan. Id en busca de un «taxi».

Salieron los dos hermanos, y Buck Alton, al colocarse la americana ante el espejo, vio como la puerta se abría, empujada lentamente desde fuera.

Alton se desplazó sigilosamente hasta quedar cubierto por la puerta al abrirse. Levantó el puño derecho, y volvió a relajarlo.

Angus Mac Alistair, con la calva cabeza medio descubierta por el fieltro echado atrás, entró titubeando. Su nariz estaba coloradísima, y despedía olor a *whisky*.

—Hola, «MacPenny» —saludó Alton, apareciendo.

El redactor jefe del periódico «Sporting All», se sobresaltó. Le colgaba el labio inferior. Sus ojillos parpadearon amistosos.

—Abrázame, fiera del *ring*. Has cumplido. Nos jugábamos mucho en este combate, Buck. —El prestigio del periódico. Hemos ganado, aunque nuestro trabajo nos costó, diantres que sí. Cada golpe que nos daba Slim era estremecedor, pero de ahora en adelante ya no eres Buck el «Contrista», el de la «Retirada», sino Buck «El Demoledor». Hemos de celebrarlo. Paga el periódico. Toma un trago.

Del bolsillo del abierto abrigo extrajo un frasco con tapón-vaso. Buck Alton aceptó el vaso, y al devolverlo, cementó:

—Creo que has pescado una túnica griega, «MacPenny».

—No importa; paga el periódico. Hemos doblado el tiraje, y ahora triplicaremos, ya que vas a verle con Los Ángeles. Seguirás con reportajes de esos escalofriantes... Vino uno del F. B. I.

, hablándome de difamación, pero le esgrimí el artículo que dice bien a las claras que no indicando persona, ni dando a entender por insinuaciones que se señala a alguien, no existe la difamación. Y si alguien se diera por aludido, habríamos triunfado. Pero estamos en peligro, Buck querido. Los dos Gardiner aparecieron:

—«Taxi» esperando, jefe.

—Hola, hola... Dos bravos púgiles famosos. Un trago. Paga el periódico. Un trago de escocés legítimo. Hemos puesto «K. O.» a Slim, y hay que celebrarlo.

Lenny Gardiner asió con avidez el frasco. Tendió el vaso a su hermano y él bebió a gollete. Angus Mac Alistair torció la boca en

mueca dolorida, tratando de quitar el frasco de manos de Lenny.

—Te dejaré en casa, Mac. Vámonos.

Por el corredor, y tras rescatar el frasco, Alistair se cogió al brazo de Alton.

—Nuestras vidas están en peligro, Buck. Ayer mismo me dieron un telefonazo que me dejó turulato. Me llamaron cómplice tuyo, no sé en qué, y me anunciaron que posiblemente me convendría regresar a Escocia. Puede que sea un bromista pesado.

En la salida, un empleado obsequioso, mantuvo la puerta abierta del «taxi», mientras subía Buck Alton. Había, el habitual grupo de curiosos esperando ver al campeón.

Los dos Gardiner jugaron de codos y pecho para abrir paso, instalándose en los «trapontines». Tras ellos, Buck Alton se quitó del cuello el brazo de Alistair, empujándole suavemente hacia el rincón.

—Da tu dirección, «MacPenny». El chofer espera.

—Paga el periódico. Yo te llevo a tu casa, Buck y después me invitas a un trago, y el «taxi» me devuelve a casa. Es una gran noche.

—Tengo que dormir, Mac.

—Como quieras, como quieras, «Demoledor». Llevadme al número 15 de la calle setenta y uno.

—Cuando fabriquen esa calle, le llevaré —dijo el chofer, medio vuelto sobre su respaldo—. En Berkeley todavía no hemos llegado a la calle cuarenta y cinco. Preferimos las avenidas.

—Hablo de Oakland, auriga —replicó, dignamente, Alistair—. Y en cuanto a avenidas habría mucho que hablar, autodamente, si no fuera usted el clásico ejemplar de pertinaz incurridor en la crasa e ignata miopía cultural.

—Por si acaso, ¡usted también es todo eso! —estalló el chofer, cerrando el ventanillo, y poniendo en marcha el coche.

Las dieciséis millas de carretera sobre la ribera que separan ambas ciudades, fueron recorridas a gran velocidad, discursando Angus Mac Alistair sobre el combate, los gladiadores romanos, la soberbia de los chóferes, Los Ángeles, la virtud del *whisky* de centeno, intercalando de vez en cuando la frase que le daba alegría: «paga el periódico».

Quedó en Oakland en su zaguán, después que Lenny Gardiner casi le transportó a hombros, abriéndole la puerta.

—Vaya chorro de palabras el amigo —dijo Lenny volviéndose a sentar, mientras Buck Alton daba la dirección de Risco Alto.

En Oakland, alguien estaba marcando números telefónicos correspondientes a distintas cooperativas de «taxis». Efectuaba siempre la misma pregunta:

—¿Taxi Berkeley,

76 598

?

A la sexta llamada, un empleado contestó:

—De servicio nocturno, desde las ocho. Termina a las tres.

—Es esencial para mí el saber dónde condujo a los que le tomaron en alquiler frente al «Palace» a las dos y cinco, yendo primero a Oakland a depositar un pasajero.

—El chofer es Casteli.

—Dígale a Casteli que se ganará diez dólares, si me llama a este número. Tome nota. Es para un reportaje.

El comunicante de Oakland dio su número, y aguardó pacientemente, hasta que a las tres en punto, le llamaron:

—Chofer Casteli. ¿Dónde están esos diez dólares?

—Tiene mi número y dirección en el listín. Le giraré a su compañía.

—Los pasajeros por los que se interesa se apearon en la milla trece contando desde Oakland, junto a un camino que lleva al caserón del Risco. Mande el giro tan pronto amanezcan las taquillas.

Colgó el comunicante de Oakland, y fue sucesivamente llamando a tres personas, que eran Jack Dundee, el campeón de Los Ángeles, su manager Frank Langlen, y Richard Forest, el antiguo manager de Alton.

* * *

—Un coche, jefe —susurró, en el camino, Lenny Gardiner.

Tras la empalizada, junto al «ring», había un automóvil negro. Y de él se destacó una blanca silueta...

—Es Ling —dijo, aliviado, Tim Gardiner—. Por las noches debería vestir de gris o de marrón, ese endemoniado macaco.

Ling abrió el seto, diciendo:

—Todo en orden, señor. El coche es el que dejó en la carretera Dany Kiler.

—¡Kiler! ¿Y qué pasó, Ling? —apremió Lenny Gardiner.

Entraban ya en el vestíbulo. Ling replicó:

—Me permití poner en práctica una presuntuosa teoría que tiende a demostrar la superioridad del «judo» sobre el boxeo en la pelea libre.

—No me hables en chino —recriminó Lenny Gardiner.

—Ling es Cintura Negra de la modalidad de jiu-jitsu llamada «judo», y si está el coche de Kiler, y Ling nos ha recibido, significa que Ling ha puesto fuera de combate a Dany Kiler.

Incrédulo, Lenny Gardiner emitió una risita burlona:

—Un cuento chino. Kiler pesa por los noventa, y maneja los puños como un profesional. Bueno, si Ling le esperó tras un árbol y le dio en la calabaza con un mazo de hierro, entonces, trago.

Ling arqueó las cejas, irguiendo la cabeza.

—Manifiesto al señor Lenny que sin martillo, con mis manos limpias, desarmé a Kiler, le derribé, volteó, y privé de sentido.

—Discútanlo en la cocina —aconsejó Alton—. Voy arriba, Ling. Si te necesitase, llamaré. Buenas noches.

Entrando en la cocina, preguntó Lenny Gardiner:

—¿Cuánto dinero tienes, Tim?

—Tú me guardas los dieciocho dólares de ahorros.

—Apuéstalos a Ling.

—Apuesta el tuyo.

—¡El mío y el tuyo! A los chinos os gusta jugar, Ling. ¿Jugamos?

—¿A qué, señor Lenny?

—Eso de señor te he dicho ya que me suena a ofensa, como si me miras de abajo arriba o de arriba a abajo. Tú pretendes haber vencido a Dany Kiler, con las manos limpias.

—No lo pretendo.

—¡Se raja, se raja, Tim!

—Lo afirmo indiscutiblemente —dijo, secretamente ofendido, el Cintura Negra del «judo».

—Veinticuatro dólares reúno, Ling. Mira, no quiero abusar. Te los apuesto contra diez, a que no me derribas a Tim.

Tim Gardiner hizo un gesto protector:

—Es un buen muchacho Ling, y le podría hacer daño.

Ling sonrió. Es decir, sus cejas se elevaron más hacia la sien.

—Permitan fanfarronada. Apuesto cincuenta dólares contra diez, a que primero derribaré señor Tim. Y cien contra catorce, a que derribaré luego señor Lenny.

Los dos hermanos gruñeron, divertidísimos.

—Muestra los papiros, Ling.

Ling extendió sobre la mesa quince billetes de diez.

Lenny Gardiner colocó a los ciento cincuenta, dos de diez y cuatro de uno.

—Tú lo has querido, Lingito. Aparta las sillas, Tim, que yo colocaré la mesa en sitio seguro. Pero pongamos en claro algo, Ling. Tim empleará los puños, ¿eh? Si te larga un «K. O.» te pondremos árnic, y te mecereemos, pero nada de reclamarle al jefe, ¿eh?

Ling asintió, quitándose la chaqueta, mientras Lenny, yendo a un rincón, susurró a su hermano:

—No le hagas daño, Tim. Sólo un golpecito suave en la tripa.

Tim Gardiner avanzó, guardia baja. Ling juntó las manos ante el pecho, inclinó la cabeza y saludó. Era el primer tiempo del «judo»...

* * *

Buck Alton entró en la estancia. Las cinco largas velas, renovadas, iluminaban a Giny Diamonds amarrada en una silla, y a Dany Kiler, tratando en vano de desprenderse de las muñequeras que le mantenían en pie, casi suspendido del techo.

—Buck... —gimió Giny Diamonds, alzando la vista—. No puedo más. Haré lo que quieras. Lo que sea. No puedo resistir más. Cada vez que viene Ling, me siento morir.

—La agonía hemos de compartirla, mi vida.

Dany Kiler dejó de forcejear, clavando su clara mirada infrahumana en el que acababa de entrar, y se colocaba ante él.

Haciendo una contracción, se balanceó repentinamente, dirigiendo los dos pies hacia el rostro y pecho de Alton, quien previniendo el ataque natural en un gimnasta, saltó de lado.

—Es pronto para hacer el indio bravo, Kiler. Acortaremos la suspensión, para que no tengas apoyo de impulso.

En la manecilla giró dos vueltas, y Dany Kiler quedó completamente suspendido...

Alton maniobró en la silla, hasta que las ligaduras dejaron de ceñir a Giny Diamonds, que entumecida se levantó, tambaleándose.

—Oye bien, Giny. Mira el cinto de Kiler. Lleva lo que me convirtió en el cadáver ambulante que soy. Te podrás ir lejos, huir de mí y de ellos, cuando cumplas lo que corresponde. Trajiste de verdugo a Kiler. ¡Oficia ahora de verdugo! Quítale el látigo, y a mi mandato, pegarás con todas tus fuerzas... Si no lo haces así, volverás a la cueva. Si lo haces, por el hombre que soy ahora, palabra tienes de que podrás huir a dónde quieras.

Pasándose la lengua por los gruesos labios, Giny Diamonds miró malignamente a Alton y al suspendido. Se aproximó lentamente, y con gesto sinuoso, serpentino, esquivando la patada de Kiler, le arrancó el látigo del cinto...

Buck Alton, con un rictus de rencor, preguntó:

—Habla, Kiler. Además de Slim York, ¿quiénes eran los otros cuatro marineros patilludos? Mira cómo Giny aprendió de ti...

* * *

Tim Gardiner invitó:

—Anda, Ling, no seas remilgado, hijo.

—Usted primero; así es la regla del «judo», señor Tim.

Tim Gardiner sonrió en dirección a su hermano, y dibujó una finta con la izquierda. Se sobresaltó, cuando en su muñeca izquierda sintió un agudo pinchazo, y buscando a Ling, lo encontró a su espalda.

—¡Agua! Este chinito lleva alfileres en los dedos. Lenny. ¡Ay, Dios, que me está acuchillando!

De rodillas, Tim Gardiner bufó sintiendo que su omoplato crujía. Cesó el pinchazo y el crujir. De un salto se puso en pie, dando vuelta, el boxeador.

—Del sopapo que te voy a largar vas a aterrizar en vuelo directo en Shanghai.

—Nací en Cantón, señor Tim.

—¡Pues buen viaje a Cantón!

El derechazo de Gardiner pasó por encima del hombro de Ling, y el feroz izquierdazo pareció levantar hacia el techo a Ling, pero éste estaba encaramado sobre el antebrazo, y Tim Gardiner, se encontró

de pronto al borde del mareo, porque estaba describiendo una serie de vueltas rápidas sobre los pies y los codos, en el suelo, tratando de evitar la rotura de su hombro izquierdo.

Lenny Gardiner parpadeaba, mientras su hermano recorría todo el suelo de la cocina, como un caballo enloquecido, montado por un Unele impasible.

Cada vez que intentaba pegar un puñetazo, gemía, retirando el puño, como si una descarga eléctrica emanase del rápido gesto suave con el que Ling le tocaba el músculo de unión del cuello con el hombro, presionando con dos dedos.

—¡Tim, animal! Estás poniendo en ridículo la familia Gardiner. ¡En pie, o te deslomo, gandul!

Saltó hacia atrás Ling, y al quedar libre, Tim Gardiner atacó en molinete tumultuoso. Cualquiera de los *swings*, jabs, ganchos, upper cuts y directos, si hubiesen tocado a Ling, lo hubiera estrellado contra la pared.

Pero fue Tim Gardiner el que se mareó definitivamente, sin sentido, cuando tras efectuar varias piruetas muy en contra de su voluntad, semejando un galgo atacado de epilepsia, quedó desmadejado contra la mesa, abierto de piernas, cerrados los ojos.

Lenny Gardiner le arrojó un cubo de agua, gruñendo:

—¡La deshonra de los Gardiner! ¡Qué vergüenza! Vamos a ver, Ling, si conmigo te atreves. Todavía estás a tiempo de retirar la apuesta.

—El señor Lenny demasiado amable. No me rajo —declaró Ling, cuya excitación triunfadora sólo era evidente en su lenguaje.

—¡Te lo has buscado, Ling! ¡Lenny Gardiner ataca!

* * *

Dany Kiler trató de escupir, pero tenía la garganta seca, Giny Diamonds objetó:

—¡No hace falta que le azote, Buck! Otro de los enmascarados era Jack Dundee, el campeón de Los Ángeles. Me lo dijo Slim... en momentos de confidencia...

—¡Calla! —atajó, duramente, Alton—. El que ha de hablar es Kiler.

—¡Por cada latigazo, veinte le cobraré, Buck Alton! —exclamó

Dany Kiler, inmóvil ya.

—Es un asesino —dijo ella—. Nos matará. Buck... ¡Él fue quien me buscó para el complot del atraco y de los campeonatos!...

Alzó ella el mango, y el cuero restalló repetidamente... Desmelenada, perdido el control de sus nervios desde hacía varias noches, Giny Diamonds azotó implacablemente, cruzando rostro y pecho de Dany Kiler, el cual, al onceavo latigazo, dobló la cabeza sobre el pecho.

Ella continuó, hasta que Alton le arrebató de las manos el látigo, comentando:

—Sirves, Giny. En la Edad Media hubieras torturado a muchos infelices.

—¿Puedo irme...?

—Cuando Kiler cante quiénes son los otros tres. Entre tanto, aquí te quedas. Si liberas a Kiler, él te cobrará los latigazos, aunque esté en malas condiciones para intentar nada. Volveré dentro de media hora. Te irás cuando Kiler te haya dicho quiénes son los otros tres.

* * *

Lenny sonreía, porque se veía bañándose en el mar de Irlanda por un soleado día. Lo extraño es que había amanecido deprisa, porque no hacía mucho le parecía recordar vagamente que había visto un gran cielo negro, muy estrellado...

Creyó oír insultos, y trató de nadar...

Tim Gardiner le estaba regando con una manguera, ejercicio que acompañaba con pintorescos comentarios:

—¡Has tirado veinticuatro dólares de un modo infame! Has hecho el oso y has lamido toda la cocina, mientras Ling te daba candela continua. ¡Eres una bestia putrefacta, Lenny Gardiner!

Recuperó los sentidos Lenny Gardiner, poniéndose trabajosamente en pie. Empezó a recordar su perfecta imitación de cuantas grotescas contorsiones había efectuado Tim Gardiner.

Miró a Ling, que había despejado la mesa de los billetes.

—Oye, Tim... La honra queda a salvo. Éste es un Fú-Manchú con pacto y alianza demoníaca. Estoy molido como si me hubiera arrollado una apisonadora, y Ling no pesa más allá de los cincuenta,

Ling... esto queda en secreto, ¿eh? Tus brujerías para ti, pero que no lo sepa el jefe. Nos consideraría unos niños retozones. Me voy a dormir. Ling. Vamos animal. Nos despertamos a las seis. Ling y te relevaremos de vigilancia.

En la cocina, a solas, Ling hizo un saludo, muda acción de gracias a la superioridad oriental en astucia y habilidad.

Buck Alton vino a cenar, y al terminar, Ling anunció que vigilaría el sendero.

Pero cuando Ling llegaba a su puesto de observación, cuatro individuos de la misma talla, idénticamente vestidos, de marinero, con máscaras iguales de viejo patillado, se abalanzaron sobre él, rodeándole cara y busto con un saco...

* * *

En la estancia, al abrir la puerta sigilosamente, ovó Alton el restallar del látigo, y la afanosa, respuesta de Dany Kiler:

—No seas loca... Giny... Suéltame y..., escaparemos para avisar a los otros... Alton...

Otro latigazo cortó las palabras de Kiler. Entró Alton.

—¿Has adelantado en tu trabajo, Giny?

—No habla, no quiere hablar... Y yo sólo sé que Slim y Jack eran dos de los enmascarados... ¡Quiero irme, Buck! No quiero nunca más verme ante los otros... Déjame irme, Buck.

—Antes explícame de qué se trata el complot que mencionaste. Todavía no he visto la finalidad ni los motivos, por los que me destrozaron alma y cuerpo.

Giny Diamonds tuvo un repentino brillo en los ojos... Y para Buck Alton la estancia se convirtió en negrura, cuando un saco rodeó su cabeza y busto, mientras varias manos le asían por las muñecas y las piernas.

Forcejeó en vano, hasta que libre del saco, se encontró sustituyendo a Dany Kiler, colgando de las muñequeras.

Y ante él se alinearon cuatro ancianos patillados, vestidos de marinero.

En el suelo, Giny Diamonds gemía, brutalmente azotada por Dany Kiler, que en el paroxismo del furor, prodigaba sendos latigazos en todas direcciones.

—Basta, Dany —habló uno de los cuatro—. No puede ya moverse. Atiende a nuestro rebelde campeón.

Dany Kiler alzó el látigo, que restalló contra las costillas desnudas de Buck Alton. Éste sonrió... crispadamente.

—¡Basta, Kiler! Atrás. No pienses en el chino ni en los Gardiner. No pueden moverse. No están muertos, porque no necesitamos matar... Pero tú, Buck, vas a morir.

—Puede uno de vosotros quitarse la máscara. ¡Jack Dundee!

Uno de los «ancianos» se encogió de hombros. Otro habló a través de la máscara que igualaba las voces:

—¿Dónde está el cobarde Buck, el púgil de la «contra» prudente?

—Slim puede contestar a esa pregunta. Si pensáis matarme, lo perderéis todo. Relacionarán mi desaparición con mi próximo combate contra ti, Jack Dundee.

—Lo atribuirán a otra «espantada» tuya. Alguien, en la Prensa, dirá que actuaste ésta no —che en el «ring», bajo inyecciones de estimulante.

—Mi estimulante se llama cáncer, un cáncer a dos meses vista. Un latigazo de Kiler me formó un tumor. Y ya sabiendo que iba a morir, vine para daros el mismo trato. Casi os agradezco que estéis aquí, dispuestos a quitarme de en medio. Al principio me sentí raro, pero poco a poco me iba convirtiendo en una fiera sin humanidad. Me ha asqueado ver a Giny azotando a Killer, y a éste azotándola... Y saber que Slim York y Jack Dundee, dos deportistas, son dos atracadores, cobardes, dos verdugos enmascarados, que en vez de defender sus posibilidades en un «ring», me hicieron pasar horas de abyecto miedo... ¡Me conforta con la idea de que voy a otro mundo que espero mejor! ¡Pega ya Kiler!

—Cuando te lo digamos, Kiler. Échate atrás. Fuiste un necio en volver, Buck. Estropeabas un plan largamente estudiado. Tienes derecho a conocerlo.

—¡Acabemos con él! —Gruñó Kiler—. Está demasiado seguro de sí mismo. Nos desafía. Puede que alguien venga...

—¿Tienes miedo, Kiler? Al final, estáis resultando todos unos cobardes ante el que lo fue.

—Basta de bravatas, Buck. Hazte cargo que vas a morir, porque eres una piedrecilla que entorpece un engranaje bien montado.

—No hay apuestas, no puede haber «tongo»...

—Las bolsas son crecidas fuera de California. Llevando a Slim y a Jack como representantes, podíamos acordar todos los arreglos que queríamos. Ahora, con tu desaparición, tendremos que tratar con el campeón de San Francisco, quien, fuera de combate Slim, y desaparecido tú, tendrá que someterse a nuestras razones, y lo hará, porque ofrecemos medio año de combates, y ganancia de medio millón a cada uno de los nuestros. Tú eres listo, pero no caíste en un detalle sencillo.

—La vanidad no os permitirá que me vaya al otro mundo, sin admirar lo listos que sois. Grotesco mundo éste. Damos importancia a tonterías. Nos apartamos de lo esencial, de lo que conocí por unos instantes en un pueblo del norte, donde el aire es cortante y puro, y las muchachas no son químicamente artificiales como esta desgraciada.

—Un sermón ahora, padre Alton. —Y la risa no se oyó, resultando más siniestra la impavidez de los cuatro rostros de goma.

—Caeréis, porque el

F. B. I.

, está alertado. No le avisó yo. Quería vengarme privadamente, pese a qué un inspector me aconsejó lo dejase a su cargo. Asómate, Kiler... Tal vez el

F. B. I.

éste rodeando la casa.

—No te pongas nervioso, Kiler. Nadie nos ha seguido. El detalle en que no caíste. Alton, es sencillo. Cinco enmascarados no podían entrar en el «Golden Gate», ni llegar al recinto con puerta de hierro de las cajas. Sólo gente muy conocida en el boxeo, podía entrar en los vestuarios, enmascararse, y no llamar la atención si pasaba la puerta con maletines.

—Slim y Jack eran dos. ¿Y los otros tres?

—La idea del atraco no se nos ocurrió primero. Nos aliamos para que Slim y Dundee fueran los representantes de California, Es una jira muy fructífera. Bolsas crecidas, apuestas en Nueva York, Chicago y Boston. Slim y Jack boxearían según apostásemos. Millonarios al regreso. Pero ojeando un libro, yo... vi la imagen de un carnaval en Niza. Decían que tres amigos habían tenido la ocurrencia de disfrazarse idénticamente. Una estúpida ocurrencia de Carnaval. Pero entonces se me ocurrió la idea. Hicimos las

máscaras guiándonos por una revista llamada «*Hobby*», de inocentes pasatiempos. Ahora el

F. B. I.

vigila los locales de boxeo, pero otra ocasión se nos presentará. Bien, Buck... Tú muerte es inevitable. No podemos...

—¡Sin compasión! Vosotros me matasteis ya hace tiempo. ¡Rematad la labor ahora!

Uno de los enmascarados sacó una pistola, apuntando...

—Riesgos compartidos —dijo otro—. Todos hemos de disparar a la vez, y tú también, Kiler.

—Eso demuestra que teméis ser descubiertos. Tenéis miedo, y alguno se chivará. Sois seres con salud y vida, pero estáis ya marcados. ¡Como yo! ¡Cadáveres ambulantes! Porque ahora, al disparar los cinco, cuando os cojan, los cinco iréis a la silla. ¡Porque os cogerán!

—¡Quieto, Kiler! Sin disparar. Una piedra al cuello, y al agua. El sitio es ideal. Atadle los pies y los codos. Las balas dejan huella. En el fondo del mar, con un peso, los peces irán tragando los restos del campeón Alton.

En el suelo, Giny Diamonds, arrastrándose, trataba de llegar hasta la puerta. Dany Kiler le asestó un puntapié en la mandíbula.

Como una muñeca rota, quedó ella doblada hacia atrás...

Los cuatro enmascarados estaban atando pies y codos de Buck Alton. Y de pronto, irrumpieron en la sala los dos Gardiner, Ling y Harriet Harding.

Ling se abalanzó sobre Dany Kiler, mientras los Gardiner aplicaban sendos golpes con mazos de gimnasia en las nuca más próximas. Harriet Harding disparó dos veces. Ling saltaba sobre otro enmascarado. Una confusión indescriptible reinó en la estancia.

Los forcejeos para alcanzar dos pistolas en el suelo, acabaron cuando Ling, con la maza, golpeó por dos veces.

Harriet Harding desató a Buck Alton, mientras los Gardiner, con salvaje fruición retorcían hacia atrás los brazos de los enmascarados, atándoles las muñecas a la espalda.

Libre, Buck Alton sintió una tibieza suave invadir sus venas, cuando abrazada a él, Harriet Harding susurraba:

—No podía dormir, Buck. Te vi tan ferozmente salvaje, que comprendí que algo extraño te ocurría. En Bonner, hablaste de Ling,

el chino. Había dos orientales en la sala. Les oí hablar, y me entretenía oírles, porque usaban un estilo ceremonioso. Citaron la Casa del Risco. Cuando no podía aguantar más, viendo que no dormiría, vine aquí. Había un coche en la carretera. Me acerqué con cuidado, y encontré a Ling atado. Lo desaté, y fuimos a hacer lo mismo con tus *sparrings*...

—Gracias, Harriet. Has retrasado algún tiempo lo inevitable. Pero ahora déjame aclarar esto. Y vete abajo; te lo ruego. No quiero que presencias escenas desagradables.

Ella obedeció, pero al ir a salir, regresó, recogiendo del suelo a la inanimada Giny, que levantó en sus brazos, sacándola de la habitación.

Arrancó Alton una máscara. Jack Dundee.

La segunda reveló el rostro de su manager Frank Langlen.

La tercera le hizo estremecerse furioso. Era Richard Forest.

Y al arrancar la cuarta, en sus labios hubo un rictus de fiera melancolía.

—«MacPenny» —murmuró apenado—. Ahora comprendo por qué querías saber dónde vivía yo.

Los dos Gardiner miraban inquisitivos a Buck Alton. Éste replicó a la muda pregunta:

—Entregarles a la policía es suave. Me convirtieron en cadáver ambulante, y aquí han de agonizar. Podéis iros, porque os comprometería.

—Aquí estamos, jefe. No nos ofendas.

—Suspended a Angus Mac Alistair. Éste, el calvo. Los otros, amarrados entra sí. Bien seguros. Vuelvo dentro, de unos instantes.

En el corredor, Harriet Harding murmuró:

—Tiene algún hueso roto, Buck. Hay que llevarla inmediatamente a una clínica.

—¡Déjala ahí! ¡Que se muera!...

—Buck... —reprochó ella—. No puedes ser tan inhumano.

—Ellos lo fueron más. Escucha, Harriet, ahora puedo hablar claro. Te quiero, y haría cuanto fuera en este mundo para ganarme tu cariño.

—Poco tendrás que hacer —sonrió ella, sonrojándose levemente—. Y conste que eres el primero al que me declaro.

—Te conté lo de la paliza, Harriet. Pero lo que no sabes, es

que... no he de vivir más allá de unos meses; a lo sumo seis, cuando más.

—¡No!

Contó Alton el diagnóstico del doctor Brand. Ella escuchaba horrorizada.

—... y por eso, han de pagar éstos lo que me hicieron. ¡Lenny!

Acudió el llamado.

—Trata de recomponer a Giny. Tiene algo roto. Entablíllala.

—Mejor que se pudra, jefe.

—Hazlo por la señorita aquí presente, Lenny.

Harriet Harding murmuró:

—Este salvajismo, Buck, me horripila... Si no tienes curación, vive en paz de conciencia... conmigo... Yo te prometo... Iremos a los mejores médicos.

—Lo es Brand.

—Pudo equivocarse.

Y de pronto ella, asiendo del brazo a Alton, dijo con temor en las pupilas:

—Buck... He de confesarte algo grave. Puedes odiarme...

—A ti, nunca.

—El doctor Brand es buen amigo mío. Yo imaginé, cuando Mummy me dijo que pediste ver a un médico, que si Brand te decía que estabas condenado a muerte, tú dejarías de ser un cobarde, y vendrías a vengarte. Y yo acudí para...

—No mientas, Harriet. No sabes. Eres una buena chica. Gracias, de todos modos. Por más amistad que tuviera contigo Brand, no se prestaría a dictaminar en falso.

—¡Brand quiso que me casara con él! Me negué, pero conservamos una buena amistad. Créeme. Buck: Ven conmigo a Bonner.

Una duda empezó a germinar en la mente de Alton. Pero era visible que ella mentía. Harriet prosiguió:

—Abandona tu venganza, Buck. Volvamos a Bonner. Yo te quiero, Buck. Tu venganza o yo. Elige.

Buck Alton negó con la cabeza. Ella le miró largamente, y por fin, empezó a descender las escaleras.

Ling, a espaldas de Buck Alton, trémulo, sentenció:

—Lao-Tsé dijo: «El odio quebranta el alma de quien se deja

sojuzgar. Ama, abandónate al afecto, y que las trenzas de tu adorada consuelen tu diario vivir». Eso dijo

Lao-Tsé

, hermano.

—¡Harriet! —llamó Alton, bajando las escaleras.

No tuvo que hablar. Un primer beso fundió sus labios, en inefable don de ternura compartida.

—Vamos a la ciudad, Harriet. Hablaré con el inspector Parker.

Harry Parker escuchó gravemente las explicaciones de Buck Alton, que inició su relato desde la noche en que ganó por vez primera a Slim York.

Al término, añadió:

—Creo que mi deseo de venganza privada, era fundamentado.

—Lo era, señor Alton. Consulte, de todos modos, otro doctor. Muy agradecido, señorita Harding. Nosotros, en los asuntos delictivos, usamos el método francés. Además de buscar a quien aprovecha el delito, buscamos la mujer. Y me complace afirmar que la balanza está en el fiel.

Si cincuenta mujeres inspiran delitos, otras cincuenta los evitan.

En la calle, el aire de la madrugada refrescó a los que, cogidos del brazo, subieron en el coche de Dany Kiler, conducido por Ling.

—¿Qué más dice

Lao-Tsé

, hermano Ling?

—Aconseja exprimir la dulce uva de la unión conyugal, apresuradamente, porque los días son barridos por las noches, señor.

—El

F. B. I.

devolverá la licencia a los hermanos Gardiner. Serán nuestros testigos de boda, Harriet... pero a medida que pasen los días, me iré tal vez convirtiendo en desagradable, en insoportable...

Ella lo acalló elocuentemente, con sus labios. Y sus azules ojos bañados en silencioso llanto, la obligaron a mentir:

—Es sólo la felicidad, Buck, sólo la felicidad.

Los hermanos Gardiner y Ling presenciaron la breve ceremonia legal ante el juez de paz. Lenny Gardiner, al salir, preguntó:

—¿A los Ángeles, jefe?

—No. Vuelvo a huir. Buena suerte y un abrazo.

Cuando el coche, llevándose a los recién casados, se alejó conducido por Ling que con ellos se trasladaba a Bonner, Tim Gardiner gruñó:

—Me aprieta la corbata, Lenny.

—No llevas corbata, animal.

—Pero sí llevo bufanda, bestia.

—Te despediste de él como si estuvieras en un funeral, ballena.

—Es que lo que digo, y bien dicho está... ¡hay que ser valiente para no pegarse un tiro con un cáncer en la caja del pan!

Suspirando, ambos hermanos fueron a emborracharse en honor de Buck Alton, el cadáver ambulante.

* * *

En el coche de Harriet Harding, conducido por Ling, al entrar en la ciudad de Boise, en Idaho, dijo ella:

—Aquí, en Boise, está el mejor especialista en cáncer, Buck. Hazlo por mí. No te niegues. Boise es hermosa y pintoresca. Pasaremos dos días, y así, con una nueva radiografía...

—Como quieras —replicó Alton, nerviosamente, fingiendo indiferencia.

Dos días después, el doctor consultado, miró por encima de sus gafas a Buck Alton.

—Deformación de la epífisis por una contracción violenta. Convendría que llevase un vendaje con un muelle sobre la protuberancia, hasta que el hueso volviera a su estado normal. Unos meses... ¡Está loco! ¡Suélteme!

El doctor, aferrado por las solapas de su blanca bata, adoptó un aire severo.

—El psiquiatra vive en otro lugar, señor...

—Perdone, doctor... ¡Es que otro me dijo que era cáncer! ¡Un tumor canceroso!

—Sería un veterinario, a juzgar por sus modales, señor. Consulte a todos los doctores del universo, y en esta radiografía, si encuentran un cáncer, me dedico a cultivar mi jardín. Usted tiene simplemente una deformación ósea. Si usted es su esposa, como presumo —dijo a Harriet— cuando sienta pinchazos agudos, dele el

calmante de esta receta. Nada más. Buen viaje. Mi secretaria les extenderá recibo por mil dólares.

—¡Lo mato, lo mato! —Iba diciendo Alton por la calle, riendo y rechinando de dientes—. ¡Lo mato! ¡Es un veterinario! ¡Un imbécil! ¡Hay que encerradlo!

—Se equivocó.

—¡O lo hizo para apartarme de tu camino! ¿No quería casarse contigo? ¡Lo mato!

—Le debes la más gran alegría de tu vida, Buck. Has resucitado. ¿No te parece que el sol tiene más brillo, y todo es más hermoso?

—Lo mato... ¡Puedo volver a boxear! ¡Escribiré la novela del que se creyó un cadáver ambulante!...

—Boxear, no. Escribir, Buck. Y en la granja necesito un hombre decidido, valiente, como tú...

Camino de Montana, cuando Ling escuchó las excitadas explicaciones de Buck Alton, replicó.

—Lao-Tsé dice: «Agradece al que te engañó, si un mal mayor te evitó».

Rió alegremente Buck Alton:

—Eres un tunante, Ling, y tengo la seguridad de que te inventas las máximas de

Lao-Tsé

, pero eres inigualable. De todos modos, el doctor Brand me va a oír.

El doctor Brand, parapetado tras su mesa, miró al que sujetado por Harriet Harding, le espetaba:

—¡No le hago migas, no te trituro, porque me curó de otra enfermedad llamada cobardía! Pero si vuelve a diagnosticar cáncer —a otro infeliz, vendré y le daré una paliza. ¡Que le parta un rayo!

En Bonner se propaló pronto la noticia de que Harriet Harding había vuelto casada con el que por unas semanas fue mecánico.

Y que el orgulloso y afortunado Buck Alton invitaba a todos los que quisieran acudir al salón de baile.

Uno de los primeros en acudir fue el granjero Jim. Miró con desdén a Buck Alton.

—Tuvo suerte, amigo —dijo incisivamente.

—Y usted más.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando me provocó, no quise pelear, para que no me retirasen la licencia.

Harriet Harding, sonriendo, aclaró:

—Mi marido es Buck Alton, el campeón de California de los pesos semipesados, Jim. Lee este recorte con la foto, Jim.

El granjero ojeó, leyó, y tosió tendiendo la diestra:

—Bien, campeón. Es más valiente quien renuncia a pelear, que el que provoca. ¡Un brindis por el campeón del mundo! Que no es menos quien se lleva a esta perla.

Buck Alton ya no reapareció por California. Día y noche bendice a los que le impulsaron a huir hasta Bonner. Ling sigue aplicando máximas, y tras dos exhibiciones de «judo», ningún mozo de granja cita con ironía a Confucio.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.